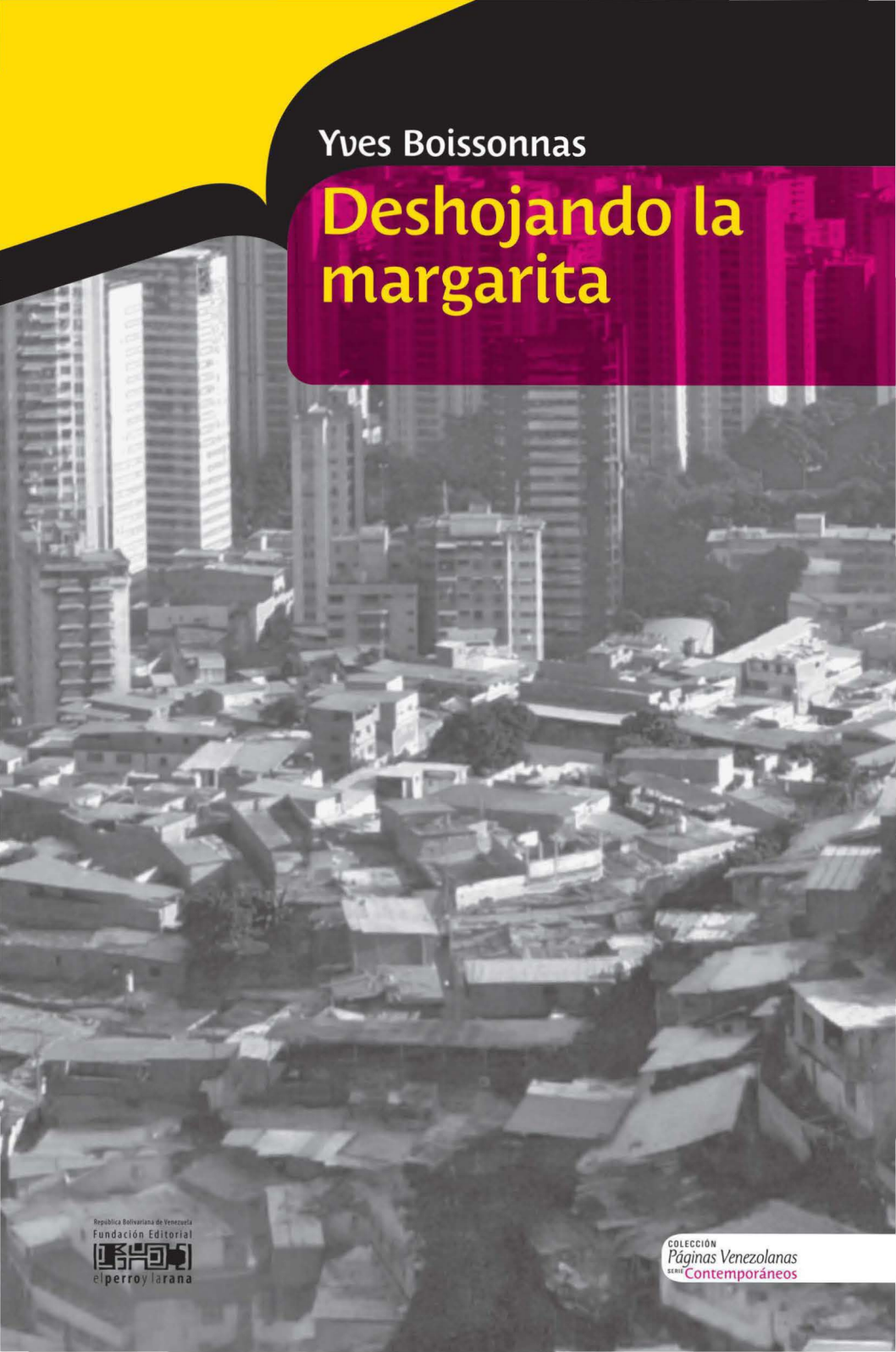
Yves Boissonnas

Deshojando la margarita



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos

Yves Boissonnas

Deshojando la margarita

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
© Yves Boissonnas

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección
Jhon Aranguren
Mónica Piscitelli

Edición
Luis Lacave

Corrección
Vanessa Chapman

Diagramación
Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002419
ISBN 978-980-14-3958-5

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas.
La constituyen tres series:

CLÁSICOS abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

CONTEMPORÁNEOS reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

ANTOLOGÍAS es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

a Sybelle Padua

La mort a peur... de mourir.
Elie Wiesel

Recuerdos de existencia en tumba transitoria

Dejó la maleta sobre la cama. Un par de rebotes rechinando los pocos resortes existentes. La habitación no sufrió ningún cambio. Mobiliario desvencijado, envejecido, cero mantenimiento. Una mesa en el centro y dos sillas custodiando el monumento central de la simpleza. Tenía una pata más corta que las otras, inclinando. Buscó un pedazo de cartón, doblándolo con mucho cuidado para ubicarlo debajo, intentando una cierta estabilidad. La mesita de noche pegada al lecho, junto a la ventana: el mismo material, mal trabajado, sin pulitura, sufriendo los rigores del tiempo. Las paredes no han sido pintadas desde su construcción, se desmenuzaban, caían en pedazos, sucias. La temporalidad castigando el lugar, el mismo destino del resto del pueblo, abandonado, olvidado. El moho embriagaba el ambiente obligando a abrir la única ventana exhibiendo la presencia del mar, océano. "Eleuterio impone la desidia", murmuró Rogelio. El aire salino abrazaba los objetos, su persona, expulsando el estado de enmohecimiento de aquella deplorable existencia. Impregnaba la corporeidad, muebles y paredes, ni siquiera una pensión de mala muerte en San Agustín del Sur mostraba un rostro tan desastroso, menos una habitación de buena muerte. Todo lo que se encontraba en ese sitio fue llevado a cabo para salir del paso.

Eleuterio se caracterizaba por su falta de sensibilidad estética y limpieza, le sabía a mierda. No reconoció a Rogelio, cosa que le hizo gracia y de paso, le convenía, no deseaba llamar la atención. Era el único hotel del lugar, construido para aguantar la noche.

Recuerdos de existencia en tumba transitoria.

El juego de los recuerdos

a Ibelis Crespo

No lograba recordar, miraba, veía, intentaba rasgar la tela de la memoria, hurgar en algún resquicio del recuerdo con la intención de poder dilucidar su imagen, la ubicación geográfica, temporalidad de los primeros encuentros. La abstracción dominaba por causa de tantos problemas cotidianos, los acosos quejumbrosos durante el diario acontecer, hechos desarrollados al margen de los propios deseos. No arribaba a identificar a aquella persona, sí recordaba a alguien pero no estaba seguro. Imágenes difusas sin formas, emergiendo del subconsciente para desaparecer casi inmediatamente.

La inquietud dominaba el espíritu.

Deseaba, por momentos, esfumar, largar, vomitando alguna respuesta grosera, pero no, mejor que no, además, esa mujer era bonita, no podía hacer ningún desplante, un acto inédito. ¿A quién se le ocurriría mandar a la mierda a una joven como ella? Lo mejor era atenderla con una sonrisa. Único recurso. Dejar recorrer la temporalidad, a la larga, la identificación llegaría. Conoceré su nombre. ¿De dónde proviene?

—¿No te acuerdas?

Había algo, unos rasgos familiares. Parada, frente a frente, con su jugo en la mano izquierda. No logro identificar la marca, ni siquiera percibo qué tipo de fruta está consumiendo. Estamos muy cerca.

Jugaba. Lanzaba frases indicativas para conseguir abrir aquel recuerdo, enmudecido. No configuraba su presencia. La mirada jovial aparecía y desaparecía en algún recodo. ¡Maldita memoria! Atravesaba los segundos sin dar cuenta. Segundos que asemejaban una temporalidad eterna... demasiado larga.

Movía el cuerpo con cierta inseguridad. Odiaba estar aprisionado por la sorpresa, la incertidumbre, a punto de poner la cagada. Las piernas cosquilleaban, una señal para retirarme. Mejor que la continuación frente a dicha incertidumbre. Un desacierto que podría producir el desastre. Largarme del lugar. Prefería evitarla, no quería tratarla mal. Un crimen, desdeñarla.

—No es posible, ¡ignoras quién soy!

Esa sonrisa señalaba algo, a alguien semejante y diferente. Atrapado por simple descuido. Prefería andar sobre seguro montando el teatro, cubriendo el rostro con la máscara del conocimiento. Unos gestos estudiados, evitando así cualquier metida de pata. No era el caso. Detallaba una expresión facial abierta, sin subterfugios. La autodefensa no se presentaba. Era como recibir una andanada de golpes sobre un cuadrilátero sin levantar los brazos, indefenso, diezmado, solo, en medio de una tormenta humana.

La piel sangraba, sanguinolenta, desmenuzándose, rompiendo en miles de pedazos, mostrando las debilidades más íntimas ante aquella persona, ensimismado en otros pormenores, capturado en múltiples dificultades, absorto ante las desidias de lo cotidiano. Visiones opuestas a su sonrisa frente a algo diferente a lo acostumbrado por esos lares distintos, vivía hastiado ante tantos hechos acaecidos durante estos últimos años, aprisionando la existencia, soportando, sobre los hombros, los agobios de una vivencia subrayada por la catástrofe.

Esa sonrisa obligaba a detenerme, disfrutarla. Evadir, escapar, huir por un instante de los vaivenes de la cotidianidad. Ella, distribuyendo sus cartas, el juego de los recuerdos. Quería jugar, solo que no conseguía la entrada correcta, no me dejaba, cerraba las diversas posibilidades menos una: recuerdos. ¿Qué debía recordar? El estatismo no era su peculiaridad, no. Se movía de un lado a otro como si fuera

una bailarina, danzaba, giraba en mi entorno, acercaba, alejaba. Un ir y venir imponiendo la reducción del espacio, disminuyendo la distancia a su mínima expresión a pesar de encontrarnos en una gran explanada.

La gente imponiendo su ritmo de un lugar a otro.

—Vamos, inténtalo.

¿Cómo llevarlo a cabo? Las personas pasaban sin prestar mucha atención ante lo acontecido. Casi nada... nada por decir algo; un acto común. Un hombre y una mujer frotándose abiertamente sin cruzar los brazos, sin dejar el jugo casi susurrando al oído, manantiales de cotidianidad. Separando corporeidades.

Solo dos personas cruzando palabras. Intercambiando frases, oraciones, letras, sílabas. Volvía a arremeter rozando sus pequeños pechos contra mi cuerpo. A los lados. Derecha. Izquierda. Arriba. Abajo. Era tiempo de cerrar, apagar, frenar las manecillas de algún reloj. Estáticos en ese lugar. Disfrutando de su perfume. Hundido en las profundidades de un lago pleno de sensaciones ardorosas, hirvientes, sudorosas, mandando a la mierda los compromisos, compromisos vueltos fallidos frente a lo fortuito.

La memoria guardada en algún recodo del cerebro.

Expandir una gestualidad llena de sentidos, sin palabras, puras actuaciones. Olvidando la coherencia, el pensar, las obligaciones. Instalar cualquier barrera que impida la ruptura de aquellos instantes. Ignoraba si seguía la luz del día o anochecía. Ni siquiera si continuábamos en el mismo lugar. Magia. Pura magia en medio de aquella aversión del diario acontecer.

Solo su olor, perfume embriagando el medio ambiente, piel pegada a la mía, bailando, sorteando los escollos de las telas, cosquilleando al oído con su ardiente aliento. Las gotas de sudor entremezclándose, respiración agitándose, aumentando las entradas y salidas. Un concierto a dúo, cuento sin palabras, letras, solo gemidos, exhalaciones, gritos, susurros, buscando, por momentos, un oxígeno perdido en una esquina.

José Manuel esbozaba una expresión maliciosa. Creía que era un truco eso de no recordar, no reconocer a aquella mujer. Lo encontré al descender en dirección al cafetín. Saludos. Consumir un café intercambiando ideas sin sentido, lo común, lo diario. Variando los temas, los aciertos y desaciertos de la cotidianidad. Bromeando acerca de la gente pasando por los alrededores, o algún conocido ausente.

Los parloteos se concentraron en una temática específica: en palabras acerca de la inseguridad. No escapábamos de aquella violencia, esa violencia diaria asfixiando, produciendo temores: una ciudad convulsionada por una guerra civil no declarada, agotando el enrejado de nuestras vidas. "Siento que todo es muy violento, vivo asustada, aterrada, me espanta ese codear en la calle, en el trabajo, hasta en las cercanías de mi hogar", lo dijo una vez Leima. La impotencia frente a los acontecimientos de la locura, suavizándose ante un chiste atravesado.

Reíamos al salir a flote un comentario acerca de un rostro sin alternativa posible de producir algún gesto de inteligencia. Esculturas ambulantes del vacío entrando y saliendo del lugar. Demasiada gente en el cafetín. Esperaba que trajera el brebaje pedido en la parte de afuera buscando la expansión del espacio.

—Perdona, estoy distraído.

—Teresita, la hermana de Claudia.

Una descarga eléctrica. Calor y frío invadiendo el cuerpo. Imágenes cruzando la mente, destapándose el cerebro ante la memoria brotando como lava de un volcán en erupción, un pasado reaparecido en dicho instante. El final del juego de los recuerdos. Era ella, sí, a la vez no representaba a la deseada sin dejar de ser deseable, diferente, distinta, opuesta y semejante. Claudia, Teresa, Claudia, mujeres implicadas una vez.

Ese rostro indicando facciones similares, rostro aclarando cierto origen. El cuerpo más estilizado, elegante. No existían las ampliaciones de ciertos atributos físicos como la otra, no, había la variante, la diferencia dominaba en el gesto. Claudia.

A ella tenía tiempo sin encontrarla, sin verla, sin observarla. ¿Cómo estará (detallando a Teresita)? Hurgaba cada rasgo, el sonido de su voz, el movimiento corpóreo, la manera de caminar. Parecía mover cada pie como si pisara objetos delicados, rompibles.

Cierta gracia enalteciendo su presencia.

—Vaya, eso sí es una sorpresa, ¿cómo está Claudia?

—Muy bien.

Las visiones de otra época aparecían. Ahora no deseaba despegarme. Estar cerca de Teresa era sentir la presencia de Claudia. No podía ni debía dejarla escapar, esfumarse. Amarrarla era lo mejor, ¿cómo

hacer? El ferretero no había llegado. No existía implemento alguno para llevarlo a cabo.

Encontraba un hálito de oxígeno en su compañía.

Ingerir otro trago del negrito traído por José Manuel. No estaba interesada en conocerlo a pesar del intento de presentación. Seguía girando a mi alrededor. Una conversación se abría. Una conversación dirigida a retrotraer hacia otros tiempos, otros momentos, otros instantes. La visión de Claudia, sonrisa abierta. Esos senos, esas maravillosas protuberancias enloqueciendo al más pintado iban y venían mientras escuchaba a Teresita.

Saliendo los tres. La otra, Anabel, oía. El desgraciado de José Manuel se pintó de colores. La condenada no se despegaba. Necesitaba de su ayuda. Alejar a aquella intrusa. Deseaba estar a solas con Teresita.

Creía poder explayar una extensa charla, las palabras transfundiéndose hacia el eviterno. Imposible, debía retornar a su trabajo. Salía de una reunión con algún cliente, estaba de paso, mucha actividad.

La promoción de productos era un ajetreo interminable, mucho más siendo independiente. Sobrevivir. Necesidad imperiosa frente a la crisis económica en la que estábamos sumergidos, ahogados, desarrollando alteraciones sobre nuestras actitudes cotidianas.

Eso me deprimió, era como sentir la palabra estancada en el aire.

—La voy a llamar esta noche.

—Me la saludas.

—Claro, es lo primero que le voy a contar.

Parado, estancado, pensativo, la veía partir. El encuentro. Confundía a dos personas, dos hermanas, entremezclando a Teresita con Claudia, Claudia con Teresita. Conocerlas hace más de veinte años. La una como la otra recorriendo cada lugar esbozando una sonrisa. Rostros expresivos mostrando sus sensaciones. Les costaba encubrir cualquier hecho, cosa, acto. Demasiado evidente. Uno terminaba adivinando lo acontecido.

—¿Qué te sucede? —preguntó Jesús.

—He encontrado el pasado.

—...

Cerrando la puerta de la oficina. No deseaba conversar con nadie. No tenía ganas de laborar, recogiendo los macundales para ir por allí

sin dejar dicho el lugar posible ante una localización específica. Solo verían mi cara por un momento. Mi presencia. El atraso no estaba presente. Estaba sin ánimos para ocuparme de aquel trabajo. Una necesidad imperiosa de obtener un poco de soledad. Reflexionar. Respirar el aire personal de la existencia divagando ante esa escuela, los pasillos, salones, salas de máquinas de escribir, el jardín, cafetín.

Subir hacia La Florida. Esa quinta escondida en un callejón con una espesa vegetación cobijando la entrada. La frescura de aquel lugar invitaba al apaciguamiento. Me agradaba. Una manera de imaginar el Paraíso. El lugar del absoluto descanso. Ni siquiera el ruido de la calle, el tronar de las motos u otros vehículos esfumados del lugar. Aparecer por Altamira, pequeño edificio, construcción de cuatro pisos, escondite en el cual el tiempo parecía detenerse. Con excepción de algunas tardes en que un vecino sentía el escozor de tocar su guitarra eléctrica.

Retrotraer hacia otros momentos, otros tiempos.

El ladrido de un perro, cachorro, hacia la nada. Una nada de un animal que jamás existió. Solo aquella oferta de lo inexistente. Lo escuchaba desde el lecho, cama en la cual me encontraba tendido mirando hacia el techo. Mirar sin mirar, ver sin ver sus visitas pasando a máquina los escritos, buena vista y algún conocimiento acerca de los jeroglíficos, el tipo de letra ininteligible, "paticas de cucarachas", como decía Jesús, incomprensibles hasta por mí.

Hurgando en las interioridades de la gaveta, gaveta de la memoria, intentando hallar los vestigios de una oxigenación de la vida. La vista puesta hacia el espacio. Durmiendo con la mirada abierta. La tristeza de algo esfumado, imaginando una falsa continuación.

Recordando el rostro de Claudia, sus palabras quebradas, tono bajo, casi imperceptible por causa de unas ofertas inexistentes. Terrible, desgarrando el espíritu, produciendo la agonía, partiendo en mil pedazos, alejándose a paso certero, impidiendo cualquier posibilidad de remendar la cagada puesta durante un momento de estupidez. La impotencia ante el error, la equivocación, arrastrando el alma hacia los confines de la amargura.

Volvería a ver a Teresita al día siguiente. Me contará detalladamente acerca de la conversación con Claudia sobre aquel encuentro la otra tarde. Se rieron, lo más seguro. Algún saludo afectivo. Esas palabras expuestas por Teresita se repetían constantemente produciendo

un profundo malestar: "Eso está olvidado", expresó una vez. Un encuentro fortuito, accidental. "No existe siquiera la importancia del recuerdo", afincó para luego salir por los caminos de la cotidianidad.

¿Qué habrá dicho?

Al amanecer seguía con los ojos abiertos. Impedido de dormir ante la abertura de los recuerdos. Una lágrima recorriendo la mejilla derecha. La memoria trabajando intensamente, imágenes retornando como pantalla de cine, la repetición a cámara lenta, detalles profundos, sin perder rasgo alguno y la noche no finalizaba.

El tiempo detenido en la pura remembranza.

El día, volver a verla, una aprehensión en el pecho cortando toda posibilidad regulativa de la respiración, la falta de oxígeno. La angustia de no llegar a tiempo, agitado, nervioso, solo pensaba en encontrarla, dirigirnos hacia El Padrino, consumir café y esperar, esperar que soltara todo aspirando a escuchar lo deseado.

Claudia riendo, aquellos labios, esa sonrisa fresca, sin malicia, mandando muchos saludos pero no, no dijo casi nada y Teresita no podía quedarse como estaba previsto. Una gran frustración. Solo esperaba que el lunes siguiente pudiera llevarlo a cabo.

La espera continuaba.

La esperanza radicada en el tiempo que no había transcurrido. No aceptaba la posibilidad del fin de la temporalidad. Un espacio temporal cerrando sus puertas y ventanas. Jamás lo podría admitir libremente. Algo continuaba atado a ella. Creía, imaginaba, lo deseaba pero al extender los brazos hacia el espacio, solo hallaba la nada, terror, pánico, al igual que aquella vez, la pérdida de mi propia esencia.

La actitud de Teresita me extrañaba, parecía rara. Pensé que era más retraída, tímida. Dedicada a sus actividades con el silencio como cómplice, a diferencia de Claudia, alegre, comunicativa, desenvuelta. Al comentarlo le embargó la duda. No le agradaba dicha definición, se sentía igual a su hermana, la jovialidad como naturaleza propia de la existencia.

—Siempre fui así.

Debí errar, tenía razón. La manera como me abordó no representaba ese retraimiento imaginado. Pura especulación acerca de su carácter, notaba conocerla menos que a Claudia, una transferencia especulativa. Buscaba la comparación sin obtenerla. Ignoraba si era una

traslación con Claudia. Me lo temía a pesar de que lo subrayó en un instante, dejándome dubitativo. Podría tener razón, era algo arraigado y de lo cual no conseguía desprenderme.

Esperar, aguantar.

Los días transcurrían sin conocer lo acaecido en dicha conversación, eternidad y una gran depresión. ¿Por qué ese deseo incontrolable por saber de dicha charla? No iba a aparecer y seguiría divagando durante el resto de la temporalidad, continuar la vida con eso encima. Encendí un cigarrillo. Observaba el humo desvanecerse en el aire. El desvanecimiento de la existencia.

La desaparición del ser debería ser así. Esfumarse en el espacio sin ruido alguno. Ni siquiera la suciedad producto de la sangre. Ni un cuerpo en estado de putrefacción. Desmenuzarse en lo etéreo como la humareda sin rumbo fijo, sin que nadie dé cuenta de dicha desaparición. Igual a cerrar una ventana impidiendo la entrada de un rayo solar. El juego de los recuerdos me arrastraba hacia esa constante depresión. La impotencia para desviar los caminos de la vida.

El encuentro no se impondría. Palabras mayores. Complicado. Moviéndonos en mundos diversos, distantes y cercanos a la vez a pesar de ubicarnos en la misma ciudad. Mucho menos con Teresita embargada por sus actividades, ahogada con los problemas económicos pero sin perder su humor. Buena manera de sobrevivir frente al caos, argumento usado por muchos para obtener cierto respiro. Una herencia para sus hijos, igual que Claudia, parecido, semejante, igualito.

Lo positivo en medio de lo negativo.

Sabía de la primera por la hermana, al igual, un amigo, hace un buen tiempo, me echó el chisme del lugar en que trabajaba: Parque Central, un ministerio, un tono de sorna por parte de él, los sentimientos de aquella época, a pesar de mantener cierta creencia no podía negar ningún acto que llevara a cabo Claudia. ¿Para qué hacerlo? A esta altura de la vida no existía ninguna justificación. La existencia estaba revuelta. Complicada. Ni siquiera se presentaba una idea. La aventura dominaba la cotidianidad.

No la vi. Ningún encuentro por supuesto accidente frente al merodeo, a diferentes horas por Parque Central. Como resultado: un acto fallido. La falsa sorpresa fracasó, ni siquiera la posibilidad de hallarla espontáneamente existió. La coincidencia jamás estuvo presente,

nada... solo esa remembranza de una vez que no fue una vez, el retiro silencioso esbozando una sonrisa artificial, guardando, para mis interioridades, el juego de los recuerdos.

Dormí con los ojos abiertos. No podía cerrarlos. Sabía de memoria cada parte, espacio, hasta el más pequeño resquicio del techo. El estado de una inmovilidad dominaba la corporeidad. Estático. El designio de la espera prolongándose hacia los confines de una existencia. Podía dar cuenta de la inutilidad de dicho encuentro. Sabía perfectamente que no podía mantener abierta una ventana hecha para cerrarse.

¿Hasta cuándo durará?

Conocía la respuesta. Respuesta embargando sensaciones de toda índole, simplificadas por un escalofrío recorriendo la corporeidad. Fiebre de una desdicha. La posibilidad de vernos dejó de existir. Las palabras quedaron para el vacío, invadiendo cada lateral de la propia esencia. Un acto de resignación. No había nada que hacer. Solo cerrar esa dichosa ventana hecha para impedir la entrada de un rayo de luz. Cercenar la vida cotidiana hipotecando cualquier posibilidad de retornar al juego de los recuerdos.

Vamos ahondando, irremediablemente, hacia el caos.

El río de las vivencias fue interrumpido. Una enorme caída de agua dirigiendo hacia las profundidades del desconcierto. Deseaba gritar. Aullar su nombre en cada esquina, intentando, de esa manera, romper con los artificios de la incongruencia... nada... un repetir constante de los recuerdos.

Recuerdos acosando diariamente.

Encendí la televisión. Cambiar de ideas. Abrir hacia otro panorama de la existencia pero la sorpresa llegó. Un sortilegio, una colateral de este juego. Era ella, sí. Asombrado ante su imagen, imagen de una matrona en la pantalla del televisor. Escuchaba sus declaraciones. Mostraba esa soltura que tanto conocí. Los ahorros retenidos era el tema. Los bancos asfixiando a los ahorristas. El caos en las propias interioridades del ser. Hablaba sobre algo específico. No entendía lo planteado pero presentía la gravedad de aquellos hechos sofocando la cotidianidad.

Solo su imagen llamaba la atención. Sentí el error ante la posibilidad de haber entablado algo diferente. Es curioso como la temporalidad nos muestra la coherencia posterior de un hecho incoherente.

Representaba a una señora de casa, sus palabras enseñaban una realidad específica, levantaba las banderas de algún porvenir detenido frente a un despeñadero.

Suspiraba mientras apagaba el aparato.

Ya era de noche, muy tarde, casi arribando a la madrugada. Dejaba de existir una época para dar paso a otra temporalidad. El cierre de una era. Asomaba a la ventana para ver los edificios contiguos. Algunas luces encendidas. La mayoría a oscuras. ¿Qué estarán haciendo? Un poco de movimiento, mínimo, en los alrededores. Esbocé una sonrisa para luego botar la colilla del cigarrillo, volver a la cama, apagar mi propia luz, dormir.

Dejaba de existir el juego de los recuerdos.

Proposición matrimonial

Corriste como un desaforado, tropezabas con quien se cruzara sin importar la sorpresa. Te detuviste en el cafetín de Feliciano, un negro corto, cerrero y agua mineral con gas. Era temprano, demasiado. Te aconsejó que aguantaras a que se levantara, saliera de la cama: no le gustaría recibir aquella noticia en paños menores. Seguiste el camino hacia su casa con mayor tranquilidad. Detenido frente a una floristería, entraste por un ramo de rosas rojas. Otra vez en la vía hacia el gran paso de tu vida: proposición matrimonial. Te costó que jode dicha decisión: el gran acto que cambiaría tu vida. Observaste al conserje, acercándote.

—¿Cómo está, don Gabriel? Voy al apartamento de Cecilia.

—No se encuentra. Salió de luna de miel.

El encuentro

Entré en aquel restaurante con la intención de cenar. Tenía hambre. Buscando una mesa vacía topé con ese rostro. Ella se levantó, acercándose. Me abrazó con efusividad. Transcurrió una larga temporalidad sin saber nada de ella, Miriam, el ensueño de muchos, entre ellos, yo. Esa noche no estaba sola. Otro sujeto y una pareja la acompañaban. No hubiera podido conversar como habría deseado. El toparme con su imagen fue un simple accidente.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—No me va mal, ¿quieres sentarte con nosotros?

—No, gracias, prefiero cenar solo, además ustedes deben tener planes... ¿es tu esposo?

—No me he casado.

—¡Qué desperdicio! ¿Dónde están los hombres?

—Te haría esa pregunta...

—...

La miré. Preferí no responder. Metería la pata. Debía olvidar cualquier intención de variar la nocturnidad. "¿Te casaste?", me preguntó. Le respondí negativamente. Rio. "Tu timidez te matará".

Otra risa. Le dije que todavía seguía vivo. El sujeto le hizo una seña. Era el momento de despedirse, separarnos, decir chao. Quedamos en encontrarnos temprano en la mañana. Almorzaríamos en cualquier lugar. "Tengo mucho que contarte". Le comenté acerca del enorme interés que sentía en escucharla. No sería mala idea. Me besó sobre la mejilla derecha. Hice lo mismo.

Regresó a su mesa.

Me instalé en la que me correspondía, la escogida. Alejado de ella y, a la vez, con la visión exacta para no perderla de vista durante los instantes que estuviera en dicho lugar, imaginando una alteración. La deseaba a pesar de no ocurrir nada. El único problema era aquel sujeto. Echaba unas miradas asesinas. Al rato, en pleno proceso de mi comida, se levantaron luego de cancelar la cuenta. Miriam se acercó para despe-dirse recordando nuestro encuentro para el día siguiente, entregando un papel con la dirección de su habitación.

—Te espero.

—Allí estaré.

La vi alejarse con aquellas tres personas. Qué lástima, debía esperar. Volví a la cena pidiendo otra cerveza. Después de finalizar, el mesonero trajo el café, encendiendo un cigarrillo. Abstraído, no me di cuenta de que pedí la factura. Pagué. Salí del restaurante. Encaminé los pasos hacia cualquier parte. ¡Qué sorpresa! ¡La propia Miriam! No cambió mucho en estos años. Me encantaba su sonrisa. Seguía exhibiéndola igual que antes. Portaba, todavía, la frescura de aquellos tiempos de estudiante. Ignacio y yo rivalizamos pero, al final, salimos con las tablas en la cabeza.

No nos hizo caso.

Comimos juntos, fuimos hasta la Candelaria, el lugar escogido por ella: La Cita. El local se mantenía a pesar del enorme descalabro de este tipo de negocio. La mayoría de ellos quebraron, los dueños originales vendieron, aterrados ante las circunstancias irreales en las cuales se encontraban imbuidos. La invasión portuguesa sacando a españoles, franceses e italianos. La calidad gastronómica disminuyó ostensiblemente.

—¿Es tu pareja?

—Un compañero de trabajo.

—Me echaba unas miraditas de arrechera...

—No cambias, pero reconozco que anda detrás de mí.

—Sigues tan bella, hasta buena.

—Igualito.

—Me conoces.

Seguimos comiendo. Continuaba desconociendo acerca de esos años de su vida en que estuvimos alejados. No soltaba prenda. ¿Escondería algo? A lo mejor era mi imaginación. Posiblemente. Me preguntó por Ignacio. Le conté sobre la compañía. Los vaivenes de dicho negocio. Le causó gracia que trabajáramos juntos. Lo que le extrañó fue que abandonara el periodismo. Le gustaba cómo escribía, algo en lo que no me sentía muy seguro, ella sí, yo... cosas de la vida.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada, ¿por qué?

—¿Quieres venir para mi casa?

—Está bien.

Fue en dirección a su cuarto para cambiarse. Agradable, acogedor el apartamento a pesar de que no hiciera caso ante el supuesto desorden, como recalcó. No veía el despelote por ninguna parte. Exagerada. Lo tenía bien cuidado, arreglado. Diferente a mi cueva. Un desastre. Observé el sofá, se veía tentador. Instalándome en aquel extraordinario mueble, uno se hundía plácidamente.

—¿Quieres un poco de té?

Me hizo volver a la realidad. Pasaba del cuarto hacia la cocina.

—Veo que no has olvidado mis gustos.

—Claro, cómo podría olvidarme de ti.

El magnífico sofá. La bandeja con las tazas respectivas. Un recipiente de plata conteniendo el agua caliente y el par de bolsitas de té navegando en su interioridad. Otro objeto de la misma calidad metálica lleno de azúcar. Un tercero con leche, ese era para ella, suponía. Completaba el cuadro los cigarrillos, el cenicero, el yesquero y su presencia.

—¿Cuánta azúcar?

—Dos.

Encendí el suyo. Probó una bocanada soltando el humo, lentamente. La observaba. No cambió en nada. Los años no pasaban por ella. Ojos expresivos, cabellera negra, suelta, senos pequeños, altivos, desafiantes. Unas piernas que provocaba acariciar. Se notaban bien con aquella bata corta que se puso para sentirse más cómoda,

dirigiéndose hacia el tocadiscos sacando unos *long plays* preguntando si me agradaría oír boleros. A estas alturas no había comentado acerca de su existencia durante todo ese tiempo en que nos perdimos de vista, no quería hablar, una cortina sobre esos años en que estuvimos alejados el uno del otro.

—¿No tienes ningún compromiso?

—Te dije que no, estoy a tu completa disposición.

—Perfecto, te quedarás a cenar.

—No quiero molestar.

—No lo haces, estoy invitándote, no quiero soltarte y que no se discuta más.

—Está bien, no me pegues.

Se rio por el comentario. Ante dicha determinación tan tajante, preferí callar. Solo soltar esa broma. Variar de tema, intentando averiguar, un poco, sobre ella. Lo que me interesaba. Durante el almuerzo, en el restaurante, solo hablaba de mi persona. Conoció todo lo que hice durante esos últimos años. Trampa. Una relación desigual.

—A propósito, ¿en qué andas metida?

—Lo mismo de siempre, las investigaciones.

—¿Por qué no te has casado?

—Ya me lo preguntaste.

—Sí, sí, es verdad, perdona...

—Si sigo soltera es por tu culpa. Eres el hombre que me ha interesado como pareja. Un dúo perfecto. Al verte temblé, un temblor producto de la emoción. Despertaste mis sentidos.

—¿Te hubieras quedado conmigo?

—Sí.

—Lo que no comprendo es la razón por la cual no lo supe en esos años.

—Te lo dije anoche, tu timidez.

—Es que creía que te gustaba Ignacio.

—El problema tuyo ha sido creer en lo que no debes. Pensé que me evitabas para negar cualquier compromiso.

—Con otra sí, pero contigo no, te lo juro, lo ignoraba.

Esa conversación sonó como una cachetada.

Sorbía un poco de té atragantándome, provocando una fuerte tos. Pensé en irme. No quería seguir con esto. Me enjuiciaba, condenaba

por no hacerle caso. No lo sabía. Ella no cambiaba. Esa maldita manía de expresar ciertas cosas de mala manera.

—Vas a decir que soy el autor de tu soledad.

—Correcto.

—Eso es absurdo, nunca tuvimos nada.

—No lo quisiste.

Hice varias peripecias lingüísticas para cambiar el tema. Sonreía. Por momentos imaginé ser la gran burla ante mi reacción. Al final fue la propia Miriam quien rompió con dicha conversación.

—¿Te gusta el apartamento?

—Es muy agradable, lo tienes bien arreglado.

Su espacio más privado, el cuarto. Una cama grande fue lo primero que observé. Era de tal amplitud que dominaba el sitio. Por suerte, la habitación era espaciosa. Armarios incrustados en las paredes, profundos, largos. Puertas corredizas de madera, madera lijada, pulida, muy fina. No era de cualquier tipo. Lo podía afirmar a pesar del desconocimiento en aquella materia. La mesita de noche con su lámpara, un par de libros reposando. Cojines gruesos descansando encima de un tapete, tapete aparentando venir de la India. Apariencia, aunque afirmó acerca de su originalidad. Si dormía del lado derecho, la visión se dirigía hacia el largo armario. El izquierdo abría el panorama de una ventana amplia enfocando la frondosidad de la parte alta de un árbol.

Los tonos suaves de las paredes.

La otra habitación, biblioteca. Paredes cubiertas con libros. El orden no imperaba. Se notaba el uso de los textos. Diversos, pero existía un dominio acerca de los temas sociológicos. La mesa central con la computadora. Otra pequeña lámpara. Papeles. Esbozos escritos a mano. "Necesito mantener la escritura manual, al principio, para poder observar el ritmo del texto". Éramos de la generación de lo manual. Ni siquiera el uso de la calculadora en las clases de matemáticas.

El baño con piso cubierto por una cerámica de un azul claro sin dibujo alguno. Sobrio. No se caracterizaba por la cursilería. Miriam no era así y menos en su intimidad. La bañera también era amplia. La imaginaba navegando en su interioridad con mucha espuma, pasando horas, a lo mejor leyendo algo. En la casa que habitaba durante mi infancia, la pasaba en una así, más pequeña, hojeando comiquitas.

—¿Quieres más té?

—Bueno.

El disco terminó, levantándose para poner otro.

—¿Bailamos?

—Sabes que no bailo.

—Es fácil.

—Más tarde.

—Está bien.

Una lámpara colgante, tipo asiático. Dos tapices. Uno en el lugar en que nos encontrábamos. Otro, sosteniendo una mesa metálica con un vidrio en su parte superior. Las sillas, de la misma textura. La visión me agradaba. Los cuadros de Borges, Régulo, Roberto González y Renée Boissonnas acompañaban el decorado general. Un balcón pleno de matas acrecentando la vegetación de afuera, el jardín del edificio. Al igual, el imponente Ávila. Ese cerro pintado por Cabré y Anita Pantin.

El reposo de la mirada. Pasamos un buen rato conversando. Escuchaba atentamente acerca de sus investigaciones sobre la cultura popular. Eso me hacía recordar a Tulio Hernández. Se la pasaba metido con el temita. Un tono elitesco dominaba a estos sociólogos. La oía sin perder de vista sus muslos. Eso sí era cultura popular.

—Excusa por haber hablado tanto, ¿quieres un poco más de té?

—Me agrada tu conversación, la disfruto, pero no quiero más de dicho brebaje.

—¿No tendrías un poco de whisky?

—Claro, ¿cómo lo quieres?

—Con agua.

Jurungaba la colección de discos. Ella se encontraba en la cocina. Era grande, enorme, había de todo, rock, salsa, merengue, boleros, alguno que otro clásico. De estos últimos escaseaban. Deseaba otro tipo de música para escuchar. Encontré uno que me llamó la atención. Decidí ponerlo. Reapareció con una botella, vasos, hielo y una jarra de agua. Preparó los tragos.

—¡La Piaf! ¡Qué maravilla, la encontraste! Tenía varios días buscándola.

Sentí su cuerpo más cerca. Al sentarse acortó distancia. Su perfume me embriagaba. Excitante. No intercambiamos palabras, solo

escuchábamos a la Piaf. ¿Por qué será que en la casa de los aspirantes a cultos se podía conseguir un disco de la Piaf y jamás uno de la Patachou?

—¿Bailamos?

—Eres testaruda, de acuerdo, pero atente a los pisotones.

Temía pisarla. No me destacaba como bailarín, no era muy hábil en dichos menesteres. Parecía un elefante en medio de una cristalería. La iba a agarrar de la mano. No me dejó. Extendió los brazos alrededor de mi cuello. No me quedó otro recurso que tomarla por la cintura. Me preocupaba su vaso. Ya iba a bañar la espalda con el trago. Terminó la pieza. Finalizó el disco y los dos seguimos, uno contra el otro. La besé, suavemente, en el cuello, al mejor estilo de Drácula. Levantó el rostro hasta juntar los labios. Fusionamos los cuerpos.

—¿Podemos ir al cuarto?

—El sitio no importa, estamos completamente solos.

No quería beber café

Logré convencerlo descendiendo en el ascensor. Por suerte llegó rápidamente y no pudo echarse para atrás. En el cafetín pedí dos cafés: el marroncito que acostumbraba, y yo, un negro corto, cerrero. Pataleó hasta decir basta pero le extendí el pequeño vaso de plástico y una bolsa de azúcar. Lo agarró. Me extrañó su actitud de negarse a beber café, una costumbre bien arraigada en su personalidad. Esa mañana estaba extraño, raro, algo fuera de lo común. Las manos le temblaban como si temiera un desenlace catastrófico: había notado esa clase de temblores en los alcoholizados, pero no era el caso de Luis. Una gran lucha interna. Dirigía el vaso hacia sus labios intentando frenar el movimiento. Evitar el brebaje. Quería ayudarlo empujando su codo. Me apartó. Prefería hacerlo solo, sin ayuda, romper con una supuesta prohibición. Lo hizo, lo llevó a cabo: bebió el café de un coñazo, rompió con sus temores, cayendo al piso, revolcándose. ¿Qué le sucedía? La gente se detuvo para observar lo acontecido. Daba giros en el piso, desgañitándose. Creí, por un instante, que sus cuerdas vocales se romperían en miles de pedazos. De un momento a otro, quedó inmóvil, estático. Me acerqué arrodillando, tratando de que me escuchara. Lo zarandeé, nada, estaba tieso. El café lo había matado.

Aquella silla desvencijada

a María de los Ángeles Novoa

Un sentimiento indefinido, incomprensible, realidad posible pero inadmisible ante el deseo de ser un simple accidente del propio sueño. No, existía un cierto vestigio de vida escuchando sonar el timbre. Tocando aquella barrera denominada puerta impidiendo visualizar las diversas posibilidades de penetrar hacia las interioridades de la privacidad.

Remoloneaba sobre el lecho negando cualquier aceptación de interrumpir el tan deseado descanso. "¿Quién será?", murmuraba con un tono cercano a la maldición saliendo a través de los labios, obligando a apartar las sábanas, levantar el cuerpo para dirigirlo, luego de ponerme un pantalón, hacia a la entrada, salida, dependiendo de la manera como se vea, del apartamento. Lucía parada con expresión de cuestionamiento. Dejándola pasar y retornar a la habitación. Los párpados semicerrados negando el recibimiento de la luz del día.

—Tenemos una cita.

—¿Con quién?

—¿No te acuerdas?

—No.

—No seas cómico, prometiste acompañarme a la universidad.

—Sí, es verdad, perdona, estoy tan cansado que lo olvidé. Espérame, voy a tomar un baño y vestirme.

—Te prepararé un café.

Responder estaba de más, se encaminó en dirección a la cocina. La odiaba, pero más detestaba esa manía de querer ser bueno, decir que sí a todo. Si hubiera sido mujer habría terminado en la Casanova. Debería aprender de la negación, a lo mejor daría mejores resultados. No podía retroceder en el tiempo, solo me quedaba acompañarla a aquel sitio.

Un duchazo frío, helado. Olvidé enchufar el calentador. Agua congelada. Tiritando, modulando incoherencias a la vez que me frotaba con el jabón. Brincando bajo la regadera como si llevara a cabo una danza africana sacando la cabeza, el cuerpo, intentando conseguir un poco de oxígeno.

Una descarga eléctrica sobre toda la corporeidad abriendo los espacios faltantes que los párpados se negaban, por sí solos, a llevar a cabo. Sufrimiento matutino ante la inconsciencia del sí a cualquiera como ella. Lucía, tan bonita y tan ladilla. Lo primero por la razón de la afirmación. Lo segundo, el deseo de mandarla a la mierda y evitar así la catástrofe que se avecinaba. Debí negarme. Decir que no y seguir por los abismos del olvido, olvido con la simple intención de extender el cuerpo hacia gestualidades más propias.

—Te ves encantador con esa pinta.

Evitaba levantar la vista. El cuerpo desnudo, cubiertas únicamente las partes íntimas con la toalla, la misma utilizada para frotar con fuerza, la intención de secarme y recuperar el calor. Temblaba por causa del agua helada, finalizando el ingerir del café preparado por ella, retornando al cuarto para cubrir la humanidad con la ropa del diario acontecer alterado por el olvido de dicho compromiso, la expresión de mi rostro era evidente. Tomé las llaves con la intención de salir. Sacarla del apartamento esperando no encontrar algún vecino que se diera cuenta de la presencia de Lucía en mi hogar, solo imaginaría lo que no era. El ascensor sería el único testigo, luego, la pura coincidencia, encuentro fortuito manteniendo el silencio dominando el reducido espacio del elevador.

—¿Qué vas a hacer, después?

Lo hizo a propósito. Esperó la entrada de unas personas para decir eso. La miré. Observé detallando su mirada, sus ojos, globos oculares, vista, expresando cierta picardía detrás de aquella pregunta vomitada frente a otras personas descendiendo junto con nosotros en el ascensor. Una de ellas, sonriendo. Intentando disimular el esbozo de la ironía. No pudo cubrirse. Lo noté. Sentí reflejar el sarcasmo. Me provocaba armarle un buen regaño pero preferí quedarme tranquilo. Embargaba la incomodidad.

—No sé, depende de lo que acontezca, no planifico los pasos de lo cotidiano, me gusta andar sin rumbo determinado.

Invocando un deseo de piedad sobre ella, interioridades no salidas a flote, esperaba la aceptación de dicha respuesta. Quería que se pusiera de malhumor. Se diera cuenta de que, apenas finalizado sus trámites, la dejaría, partiría por mis caminos. Desaparecería. Me alejaría de su presencia. Vomitaba pestes sobre aquella intrusa rompiendo la paz de un sueño y, de esa manera, entendiera mi rechazo a dicha provocación, provocación desarrollada para acrecentar las suspicacias de los vecinos, en esa mañana desagradable.

En medio de aquellos rostros, facciones expresando la inexplicable importancia de ese ritual, Lucía entregaba papeles, firmaba otros. Recostado contra una pared, un cigarrillo entre los labios, la observaba. Exhalaba el humo con la aspiración de ahogar a los presentes. Miraba a aquella niña voltearse en mi dirección, sonreírme. Una alegría que parecía regurgitar emociones ante la sensación de haber cumplido un hecho de la existencia, hecho fundamental para los venideros tiempos. Parecía idiota, imbécil. Si creía en su evolución animal con pasar, simplemente, por las puertas de la educación superior, se equivocaba. En ese trecho, luego de salir de aquel lugar, ella miraba los alrededores. Respiraba profundamente tomándome del brazo, cierta seguridad plantada sobre la tierra dominando las extensiones del universo.

La decisión fue clara, no deseaba dejar el sitio así no más. Quería caminar, disfrutar del medio ambiente. Sentir el oxígeno de una nueva etapa de su vida. Un nuevo encuentro con la esencia misma de sus aspiraciones. Por eso optamos por recorrer ese pasillo techado hacia cualquiera de las dos salidas: Las Tres Gracias o la de Ciencias, daba igual. Solo era alargar su estadía en las interioridades de su nuevo mundo.

—¿Estás contenta?

—Muchísimo.

—Ya eres toda una universitaria, pronto con licenciatura y, podrías ser magíster, hasta doctora.

—Vamos con calma.

—Lo supongo.

—A veces siento que te burlas de mí.

—¿Yo?

—Sí, ¡tú!

—Exageras.

De pronto se detuvo frente a una muchacha que leía sentada sobre un muro.

—¡María Teresa, lo logré! ¡Ya me inscribí!

—¿Corriste al banco, pagaste, cruzaste de una a otra oficina entregando papeles, le diste tres vueltas a la universidad?

—¡Sí!

—¡Bravo! ¡Yo también!

Emociones, abrazos, chismes, un bla, bla, bla, prolongándose. Cotorras altisonantes, agitadas, produciéndome mareos. Rompiendo, por un instante, con el parloteo, respirando segundos de silencio buscando la posibilidad de hallar algún cafetín en el cual pudiéramos sentarnos. Había uno cerca. Ellas aceptaron adelantando el paso y así, aprovechando caminar un poco atrás de ellas para intentar diluir dicha conversación. Recoger un poco de silencio, ese silencio dado a la fuga ante tal cotorrear.

—Yo quiero ser una gran educadora —decía María Teresa.

—En mi caso, una comunicadora social —respondía Lucía.

Sentadas alrededor de una mesa las dejé para dirigirme hacia el mostrador: "Dos con leche grandes y un negrito", volteando para mirarlas. Esbocé una sonrisa. "Gracias", expresé al tipo que me sirvió luego de cancelar la cuenta para retornar con los brebajes sobre un plato de cartón, a la mesa. Lo que me llamó la atención fue el ser servido en tazas y no en vasos de plástico, como en la mayoría de los cafetines, extraño, raro, solo pitillos para mezclar el azúcar, nada de cucharitas. Ese empeño de María Teresa en seguirla a Ciencias me fastidiaba. Deseaba que conociéramos a su grupo, pandilla como decía ella. Lo que me asombró fue la aceptación de Lucía, eso sí que no me lo esperaba. Nos paramos del lugar.

Tenía ganas de desaparecer, esfumarme pero se complicaba la situación. Me tomó del brazo apretando con fuerza, hasta llegó a doler, poniendo aquella expresión típica de niña consentida. Perdía la oportunidad de diluirme en medio del mundanal ruido de lo cotidiano. Me preocupaba dejarla sola. No estaba acostumbrada a estos ambientes. Solo aspiraba a acompañarla a la parada para que tomara el carrito por puesto de regreso a su casa.

La otra me jodía.

—Está bien, está bien, vamos.

Emprendiendo la vía hacia lo nuevo, lo desconocido.

Caminé detrás de aquellas dos mujeres que hablaban hasta por los codos. Según lo que pude entender, se conocieron en las colas el día de introducir los papeles pero se trataron como si hubiesen convivido desde siempre, ¿de dónde habrán sacado tantos cuentos en tan poco tiempo? Desde que nos encontramos no pararon ni por un segundo, intercambiando palabras, expresiones sobre la nada.

Oía sus chismorreos sentado sobre aquella silla desvencijada. A pesar de estar desbaratada, la silla era cómoda. Ellos comentaron que no la utilizara pero no les hice caso. Lucía, parada, disfrutaba de ese bla, bla, bla... No entendía nada pero se divertía mucho. Conocían bien a María Teresa. Tomaban en burla todo lo que decía pero hablaban igualito, no existía diferencia alguna con los comentarios de ella.

Lo abstracto, inconexo, dominaba el ambiente.

El tal Seba parecía interesado en Lucía. Se ubicó a su lado, igual que Argenis, luego de presentarlos. Tenía miedo a sus indiscreciones. Por suerte le negó a Seba acerca de un supuesto noviazgo, creía. Si hubiera expresado lo contrario dejaría el silencio de lado. Respondería negativamente a sus afirmaciones.

La silla sonaba. Me invadió cierto temor de poner la cómica al levantarme. Disimulaba sin la intención de llevar a cabo cualquier movimiento que desencadenara el desastre. Odiaba dicho predicamento, principalmente frente a mi vecina, le contaría a todo el edificio. Llegaban más personas informando acerca de los últimos eventos. Teo era quien escuchaba con más atención. Hablaba poco pero reía mucho con aquellos relatos. Fumando, oía esos galimatías ir y venir hasta que entró esa mujer. María de los Ángeles se llamaba. Debía pararme. Saludarla. Temía por lo que podía suceder con aquella silla desvencijada.

El brazo izquierdo sobre la cercana mesa, mesa utilizada como palanca para levantar el cuerpo. Nadie decía nada. Esperaban la hecatombe. No resultó. Se quedaron con las ganas ya que no terminó de romperse, por lo tanto, no caí sobre el piso de manera estrepitosa, inclinando el cuerpo, obteniendo la mano de la recién llegada para besarla con suavidad, esa suavidad expresada sobre esa figura.

—Voy a buscar unas copias a la San Pedro —dijo María de los Ángeles.

—Si deseas, te acompaño...

¡Increíble! Aceptó que fuera con ella.

Una buena manera de desligarme de aquella partida de locos. Podría descubrirla. Saber quién era. Le dije a Lucía que no se preocupara. Puso mala cara pero no le presté atención saliendo detrás de esa mujer. Expresaba alegría, ganas de vivir. Tan diferente a esos amigos con sus dramas existenciales. Mantenía cierta soltura en cada gesto, a la vez, mostraba esa seguridad de persona exploradora de su existencia. Conocía, perfectamente, lo que aspiraba. Era tan distinta a Lucía, lo opuesto, la inseguridad de mi cotidianidad. Ese encuentro percibido sobre aquella mujer, embargaba el espíritu. Olvidaba el medio ambiente. Cada acto estaba hecho para no causarle molestias. Un cuidado preciso. Debí esforzarme, no quería meter la pata.

No rechazó la invitación que le hice al salir del centro de fotocopiado. Vi un cafetín, convidándola a refrescarnos con un jugo. Le gustó la idea, instalándonos. Pidiendo el par de frescos de lechosa e intercambiar miradas.

Encendí un cigarrillo.

—¿Fumas mucho?

—A veces... ¡Perdón!, ¿quieres uno?

—No fumo.

—Si te molesta, lo apago...

—No te preocupes, estoy acostumbrada.

Estaba incómodo con aquel cigarrillo. No sabía qué hacer con él, hasta que decidí apagarlo, no quería llevarle la contraria, no, todo menos eso, aguantaré las ganas de echar humo, era lo mejor.

—Me dijeron que eres poeta.

—Así dicen las malas lenguas.

—¿No lo eres?

—Solo escribo pero llegar a eso es mucho decir.

—¡Qué modesto!

—No es modestia, solo la pura realidad.

—Me gustaría leer algunas cosas.

—Te prometo traerlas, además, será una excusa para volverte a ver.

—¡Adulador!

Tenía respuestas para todo. No lograba impresionarla. Pasé un par de horas intentando asombrarla, nada. Eso me desconcertaba y agotaba a la vez. Pagué la cuenta. Deseaba regresar. Nos paramos retornando hacia el lugar en el que la conocí. Me sentía torpe ante ella notando ese comportamiento casi ejemplar. Lo diferente, frente a mis otras amigas. Como si mostrara los flancos más débiles. Pésimo negocio. De esa manera imposibilitaba levantarla, bueno, era la primera vez. Risible inicio, pero podría mejorar con el transcurso del tiempo.

Cargaba sus copias empastadas.

Un retorno, regreso hacia aquella silla desvencijada.

Teo miraba, con sorpresa, que me instalara en dicho objeto. Corriera el riesgo de la caída. María de los Ángeles entregó las copias a su profesor para, luego, regresar. No veía a Lucía. "¿Dónde estará, se habrá largado?", me preguntaba en una especie de murmullo, no quería hacerlo de manera evidente, a lo mejor lo tomarían en broma. Preferí callar, silenciarme, dejando de preocuparme. La otra estaba presente, la que me interesaba. Un respiro de alivio, libre, podía moverme con mayor libertad.

—¿Como que te gusta la silla? —preguntó Teo.

—Es cómoda.

—Se puede romper en cualquier momento.

—Ya lo sé pero, si se tiene cuidado, el disfrute es grandioso.

—Sentarse bien antes de morir.

—Exacto, es la razón de dicho objeto.

—María de los Ángeles y yo vamos a tomar café, ¿quieres venir con nosotros?

—Claro.

Salimos del local.

Solo quedaron un par de sujetos de lo más engreídos. Cruzamos un pasillo hasta arribar a un jardín, a la derecha, una construcción simple, el cafetín, por lo menos lo aparentaba, una pequeña colina con

una serie de edificaciones de un piso pintadas de colores vivos. "Es el barrio matemático", expresó Teo.

—Vaya, el nombre le cuadra.

—Fue hecho con esa intención —respondió María de los Ángeles.

Llegamos al lugar. Una especie de mesón cimentado ubicado entre el cafetín y una pared, pared tapando espacios de unos locales construidos para actividades diversas: ecologistas, cine club, papelería, excursionistas. El espacio era estrecho y era incómodo para moverse. Teo se empeñó en hacer la cola mientras María de los Ángeles y yo esperábamos en un lateral, así no molestábamos a los demás. Tardó un poco con los brebajes pedidos. Durante ese tiempo, aprovechaba para hablar con ella. No quería partir. "El tiempo debería detenerse ante tal compañía", pensaba al sentir su presencia a mi lado pero nada era eterno y el sujeto, agradable por cierto, no tardó lo suficiente.

—¿Es tu novia? —preguntó Teo refiriéndose a Lucía.

—No, una vecina. Quiso que la acompañara para inscribirse, se encontró con la tal María Teresa y finalizamos aquí.

—¡Qué curioso! Ella dijo lo contrario.

—Está loca.

—Seguro que fue para protegerse de Seba. El loco la abordó inmediatamente.

Eran personas que disfrutaban de lo que les rodeaba, yo estaba furioso, ¿qué le pasó por la mente a la loca esa? Tenía ganas de descuartizarla, idiota. Intentando echarle los perros a María de los Ángeles y esa imbécil vomitando dicho comentario. Será la última vez en mi vida que la ayudaré en algo.

Estaba sentada sobre aquella silla. Sabía que, en cualquier momento, caería al piso. Ella no tenía la fuerza para pararse como lo llevé a cabo. Le encantaba crear problemas. Para ellos, era el toque sutil del desastre. Seba comentó acerca de su insistencia en sentarse y de que debíamos intervenir para levantarla, y así evitar el desastre de la silla.

—Por mí que se rompa la crisma —dije saliendo del lugar.

No me encontraba con ánimos para aparentar ser una especie de salvador, había jodido demasiado. Caminé en dirección a un banco bajo una mata, prendí otro cigarrillo aspirando la primera bocanada con fuerza, exhalando el humo con la misma intensidad. En eso me

alcanzó María de los Ángeles. Se ubicó a mi lado sin decir nada, como esperando a que me tranquilizara.

—Deberías ir a ayudarla.

—Ni pensarlo.

—¿Si te lo pido?

—Escucha, desde la mañana me la estoy calando, es un pegoste, se dará un buen golpe y, a lo mejor, se compone.

—Te lo pido, recuerda, gracias a ella nos conocimos.

—Es verdad, lo único bueno que ha hecho, a pesar de que lo llevó a cabo sin darse cuenta.

Eché el resto del cigarrillo al piso. Lo pisé y me encaminé, junto a ella, a sacar de apuros a Lucía. Los otros, menos Teo, se divertían con sus ocurrencias. Al acercarme, alardeó de que no necesitaba ayuda de nadie, intentando pararse. Más vale que no. El crujir de la madera retumbó en mis oídos viendo a esa loca estrepitarse al piso. Joshua gritaba acerca de lo acontecido con la silla, la tristeza lo embargó. Sufría con el despaturramiento de aquel objeto. Teo intentaba consolarlo con el argumento de ser una simple silla, más nada, pero no escuchaba. Seba y Argenis ayudaban a Lucía a pararse. Gemía. Le dolía mucho el coxis, trasero. Bien hecho, por metida le sucedía esto. Joshua seguía llorando, entremezclando lamentos con insultos contra ella. Teo sonreía, al igual que Seba. Argenis, María de los Ángeles y María Teresa ayudaban a Lucía, y yo... parado, en el medio, me preguntaba qué hacía en ese lugar cargando con esa anormal.

El camino de retorno fue en el vehículo de Seba. No tuve idea de cómo entramos tantos en ese pequeño auto. Me apenaban los amortiguadores, ellos sufrían con todo ese peso. Lo bueno era que María de los Ángeles se encontraba sentada a mi lado, pegada. Observaba la plaza Las Tres Gracias. Algo me llamaba la atención. Veía la escultura de aquellas tres mujeres más pequeña, reducida del supuesto tamaño original. Debieron hacer otro modelo más chiquito. Debía ser eso o era una simple impresión. Con tantos años cruzando por aquí no le había prestado mucha atención hasta ese día. El tiempo debe reducir los objetos, las personas, los pensamientos.

Imaginaba cosas.

Salir del carro fue tan complicado como entrar. Algunos vecinos vieron con asombro, más al darse cuenta de la presencia de Lucía.

Me despedí de Seba, Teo, Ángela, Argenis y, largamente de María de los Ángeles, sin prestar mucha atención a María Teresa, que cotorreaba con Lucía. Seba salió del vehículo para expresar el deseo de un reencuentro con ella. ¿Qué le podrá ver a esa loca?, me pregun-té alejándome de los demás, entrando al edificio. La condenada me alcanzó.

—Son maravillosos.

—Sí.

—Mmmm, creo que te interesó la tal María de los Ángeles...

—No es de tu incumbencia.

—No seas así, no puedes negar que fue divertido.

—Hasta destruir aquella silla desvencijada.

—Ese tipo, el tal Joshua, es un imbécil, llorar por una simple silla.

—Inconsciente.

No la dejé responder, largándome hacia el apartamento. Deseaba estar solo. Pensar. Meditar ante lo acontecido. Huir de Lucía. Enchufé el calentador. Abrí la nevera sacando el queso y el jamón para luego cortar varios pedazos de un par de canillas, adquiridas la noche anterior. Unté la mantequilla amontonando lo demás. Tenía hambre. No había probado bocado durante el día, sentándome sobre el sofá para ingerir lo preparado con un vaso de agua. Luego me metí bajo la ducha. Sentí una gran mejoría, tendiendo sobre la cama.

Dormir, dormir, dormir...

Nueve pisos en picada

¿Supiste lo que le pasó a Ricardo? Fue la vaina más loca. Estaba en el balcón de su apartamento disfrutando de la vista durante aquel amanecer de domingo. Gozaba de un cigarrillo con la vista puesta sobre el Ávila, la majestuosidad de la montaña refrescando el espíritu. Como no tenía nada que hacer, dejó correr el tiempo recostado de la baranda escuchando, desde la sala, a la Billie Holiday a millón. En eso miró hacia abajo, dirección vertical, le llamó la atención los gritos de unos niños, pensó que era un nuevo juego. Aparecieron varios adultos que corrían alarmados. "¿Qué estará pasando?", se preguntó sin divisar nada especial. Dobló medio cuerpo intentando hallar la causa de dicho escándalo y, en un instante, su pesada corporeidad fue cayendo al vacío hasta estrellarse en el pavimento: nueve pisos en picada.

Una noche tranquila

Aquella noche no tenía ganas de hacer nada. Esa nada que domina el espíritu. Solo el desvariar bajo las estrellas era el único placer: divagar hacia el mundo de los recuerdos, sueños, aspiraciones representaba los emblemas de dicha temporalidad embargada por su frescura, con vientos fuertes golpeando el rostro, acariciándolo, como intentando posesionarse de los exiguos presentes ante una paz aspirada frente a la existencia cotidiana, aquella existencia plagada por el desastre, enredos.

Inhalaba el aire con fuerza. Sorber la esencia misma del ser encabritado agitando sus aguas, provocando un gran oleaje, intentando cancelar el movimiento de la arena reposando las flagelaciones de los causantes pisotones durante el transitar sobre las hendiduras de la cotidianidad.

Absorber dicho oxígeno con la intención más clara de obtener el espíritu de la vitalidad emanada de los cimientos más profundos de la aventura, partiendo desde cualquier parte para entremezclarse con lo cotidiano a fin de hallar el horizonte, despegando, yendo en dirección a alguna playa olvidada por la naturaleza.

Intentaba inhalar la esencia misma de la vida.

Expulsando ese aire con cierta satisfacción y sentado sobre aquella enorme roca, dejando correr el tiempo, aprovechaba dichos instantes para olvidar el apuro que tanto agobiaba, diariamente. No existía la necesidad del correr. Estar dependiendo de las horas, minutos, segundos, pendiente de algún resultado equis, el cual daba cuenta en esos momentos. No significaba de alta importancia, no tenía mucho que ver con la propia existencia.

Las olas golpeaban rudamente las rocas, le llegaban partes ínfimas de sus esencias sobre las piernas, alguna que otra gota lograba elevarse de tal manera, arribando con la intención de depositarse en la piel del rostro. El mar encabritado. Gozaba con aquel encuentro ante el sitio mismo de la eternidad representado por el océano. La formación de una espuma escenificando un extenso collar de perlas sobre la adormecida arena. Un collar de perlas retozando encima de una piel suave de mujer. Visión repitiéndose en una constante bajo la compañía musical de la rutina. Ese ritmo repetitivo adormitando las almas en un ir y venir de sus profundidades hacia la negra superficie de un escollo.

Encendió, con dificultad, un cigarrillo y luego de inhalar el humo, dirigió la vista hacia ese infinito tantas veces visto por millones de ojos que, a la larga, finalizaban en una finitud: la finitud de otras miradas encontradas en oposición a aquellas. Traspasar la línea bordeadora del cielo con el mar para hallar la visión opositora de la misma escena.

Una mano paseaba sobre el hombro desnudo. Se había quitado la camisa para sentir las mayores sensaciones naturales contra la piel frente a la inmensidad del océano. El acto rompió con el efecto plácido que disfrutaba, gozaba, obligando a voltear para ver a Cinthia. Deseaba caminar en su compañía, lo opuesto a sus aspiraciones. No quería. Se negó obligándola a retirarse poco a poco del lugar.

Y retornó el rostro hacia el infinito.

Y la imaginación a su lado, sobre la roca. La tomaba en sus brazos lanzándola sobre las rocas. El cuerpo cayend, precipitándose hacia las piedras. Rebotando contra ellas. Rasgando la piel. Quebrando los huesos hasta hundirse. Esbozó una sonrisa y volteó para verla caminando por la playa, sola. Le debe hacer falta mucha gente a su alrededor. Siempre rodeada de amigos. Venían de una fiesta. Eso sí le gustaba. Demasiado. Le desesperaba estar sola. Algo la asustaba y Raúl ignoraba la explicación. Rubén y Mónica andaban por allí.

Querían estar tranquilos, a diferencia de Cinthia que solo deseaba estar con Raúl. Los demás los dejaron para ir a comprar cerveza en lata, cerveza bien fría.

Pensaban amanecer en dicho lugar.

Había estado rodeado de muchas personas en esos últimos tiempos y por eso ese deseo de encontrarse con la soledad para poner un poco de orden en sus ideas. Ellos insistieron en que se quedara con Cinthia. Era bonita, bella, hermosa, no lo podía negar. Lo que no comprendía era aquella insistencia de ser él dicha compañía.

Seguía con la mirada hacia el infinito. Escuchar el canto del mar y las estrellas titilando al compás de su ritmo. Buscaba ubicarla tan sola, tan desesperada. Un sentimiento extraño. Apenas la conocía. Se vieron un par de veces, rodeados de varias personas. La notaba fuerte, resoluta, y no como ahora. Por instantes imaginó que caería, estallaría en lamentos.

Y los amigos no llegaban.

Bajó de la roca, alcanzándola. Un gesto de piedad. Lloraba. Un sollozo que le produjo escalofríos. Le tomó la mano y acercó los labios a los suyos. La besó. Se aferró a él siguiendo el movimiento hasta un lindero en el que veía la entrada a una gruta, una cueva pequeña.

Transcurrían las horas. Ella acariciaba su pecho y él miraba hacia el cielo, lo posible, lo que permitía la gruta. Un cielo tan estrellado que no hacía falta luz artificial. La hermosura de la naturaleza, su sabiduría, conocimientos, equilibrando los objetos, la vida, la existencia en todas sus formas, la muerte. Cinthia no daba cuenta de todo esto. No quería ver nada. Solo se apretaba a él. La dejaba hacer. Le parecía extraño, curioso, raro. Otra vez ese escalofrío embargando la corporeidad. Volvía a imaginar la roca. Regresaba la imagen de ella cayendo al mar, golpeándose contra las piedras hasta desaparecer en el fondo, y él, extasiado.

Todo se volvió muy frío.

Escuchó el motor de un auto acercándose. Eran los otros. Salieron del vehículo. Uno de ellos llevaba la bolsa con las cervezas en lata. Estaba espantado. Ocurrió algo incomprensible. Se acercaron. Una lágrima recorría su mejilla derecha. A Carlos se le cayó su cargamento embriagador y Alicia gritó. Y la lágrima continuaba descendiendo hacia alguna parte, en una noche tranquila...

El infarto

Cuando le dio aquel yeyo pensé que se quedaba en el sitio, partiría hacia el otro barrio. Tuvo suerte, un médico se encontraba cerca. Le dio unos golpes en el pecho al mejor estilo de *Rescate 911* mientras Mauricio llamaba a una ambulancia. Ignoraba qué hacer, paralizado ante tal situación. Daba vueltas en la acera rodeado por una multitud congregada, observando el espectáculo: a ese desgraciado le gustaba llamar la atención. No tenía la decencia del recato, silencio, soledad. Hasta la posibilidad de la muerte debía llevarla a cabo en público. Se repuso. Viajó a Houston, lugar de moda para abrirse el corazón. Mauricio lo acompañó para estar a su lado, era su padre. Salió bien, me llamaron para anunciar el éxito de dicha operación.

No tenía la intención de discutir

Este encuentro no estaba planificado. Milagros parada allí, en esa esquina, observando mi paso, sonriendo. Se deleitaba ante dicho caminar endeble sobre aquella acera evitando los huecos, grietas, desniveles que permitían torcer el tobillo, trastabillar, hasta la posible caída. Se paró enfrente. Sorprendido, miraba ese esbozo de sonrisa idiota, era realmente una sonrisa estúpida.

—Hace días que no me llamas.

—Estaba ocupado.

—¿Con otra?

—...

—Llevo días esperando tu llamada, estoy sola, mi exmarido se llevó a los hijos a Margarita y no regresan hasta pasado mañana.

—Es que estuve ocupado de verdad, acosado por el trabajo.

¿Por qué será que uno debe estar dando excusas por todo?

—¿De dónde vienes?

—¿Por qué?

—Por esa pinta, pareciera que no te hubieses bañado desde ayer, ni siquiera cambiado de ropa.

—¿Huelo muy mal? Es verdad, pasé la noche con unos amigos bebiendo cerveza y jugando dominó.

Su expresión denotaba que no creía en mis palabras, no importaba, al fin y al cabo no tenía una relación seria con ella, solo la simple aventura. No quería discutir. Estaba incómodo sin bañarme, pegostoso, maloliente y con esta ropa, a eso iba cuando la encontré.

—Vamos a casa.

Estaba resignado. A esas alturas del partido me daba igual el lugar en que caería. La mañana se perdió. Nada extraño podría acontecer. Milagros caminaba a mi lado. No conversábamos, así aprovechaba para pensar en dicho encuentro. Atravesamos El Rosal hasta llegar a la Libertador, dentro de su vehículo. Pegaba el rostro de la ventana para sentir el viento golpeando mi cara. De allí emprendimos la ruta hacia la autopista de Prados del Este. Aumentó la velocidad. ¡Qué lástima que no fuera Mireya! Por suerte no había tráfico, cosa rara. A los pocos minutos llegamos al edificio de Cumbres de Curumo. Luego de estacionarnos, la besé y salimos del vehículo. Entramos al departamento y me acomodé sobre el sofá, el sitio preferido. Reapareció invitándome a tomar un baño. No sabía si era un gesto para agradar o que olía muy mal. Acepté sin chistar.

La sensación de mejoría invadía el espíritu al salir con una toalla alrededor de la cintura. Caminaba por la sala, esperando el café. Encendí un cigarrillo y sorbí la bebida negra. No deseaba ir al trabajo. Le pedí que se comunicara a la oficina informando que me encontraba quebrantado, indispuesto. Ella rio, la excusa le pareció cómica, hasta me propuso una más terrible. Le dije que no. El ardor en los ojos era espantoso.

—Te propongo que duermas aquí toda la tarde, voy a salir y aprovecharé para buscarte ropa limpia. Nadie te molestará.

Asentí pasándole las llaves de mi apartamento, me recosté sobre su cama quedando profundamente dormido, ni siquiera me di cuenta de su salida. Al despertar ya anochecía. Tomé otro baño y me puse a circular por el departamento, nadie, tenía hambre. Entré a la cocina, abrí la nevera, corté un poco de queso, jamón, pan y abrí una lata de cerveza. Instalado en el balcón dejé transcurrir el tiempo.

—Esto es bello, parece que vivimos juntos.

La voz de Milagros resonando desde la sala retumbó en mis oídos. No respondí, saliendo de dicho lugar para ubicarme sobre el sofá, lugar en el cual me esperaba con aquella sonrisa detestable esbozada en su rostro, la cabellera suelta. Sabía que todo eso era artificial pero no lo aceptaba. Esperaba, en cualquier instante, mi desaparición. Esa inseguridad con la que luchaba estando el mayor tiempo posible cerca de mí. Por suerte me di cuenta haciéndole un parado. Le expresé la necesidad de un poco de soledad para escribir, era mentira, no le daba a una tecla desde hacía mucho tiempo, solo de vez en cuando, las ideas no salían a flote. Fuimos hasta su cuarto, nos tendimos...

Sueño, sueño, sueño...

Era mejor llevarlo a cabo ahora, no existía la duda, no, solo salir, optar ir en dirección a la casa de los padres, mejor, seguro. La necesidad imponía verlos. Tocar la puerta, olvidé la llave en el apartamento, de lo que fue una vez, el nacer, crecer, desarrollar.

—Ya no se puede, antes era diferente, podías pasar varias horas en el porche sin sentir peligro alguno, ahora es distinto, son capaces de entrar para atracarte, recibir un tiro o una puñalada a propósito o por error, accidentalmente, causa mucho temor, por eso decidimos seguir con la costumbre desde adentro, frente a la ventana, hacernos a la idea —hablaba el viejo.

Era factible entender, comprender, lógica su argumentación. La vida se ha puesto color de hormiga. Una situación insufrible. Nadie hacía nada. La negación de la realidad. Un deseo de mantenernos encerrados en las interioridades de nuestros hogares. Un toque de queda no proclamado. El temor se expande como un manto sobre nuestras cabezas.

En aquella casa de Los Rosales, los viejos divagaban acerca de las menudencias de lo cotidiano, a veces, entremezclando con algo político o cultural, sin olvidar lo básico, los sucesos violentos de la capital.

El tema primordial, fundamental. No lo sufrieron directamente, todavía, pero lo vivieron de cerca. Un vecino atracado.

A la extensión de la noche no le paraba, tenía una muda de ropa para cualquier circunstancia y, además, ellos no me dejarían salir a esas horas de la noche a cruzar la ciudad. Era un buen tramo y no conducía. No sabía manejar ni tenía automóvil. La preocupación frente a la posibilidad de que les sucediera algo me preocupaba. Nunca se los comenté. ¿Para qué? Evitar una discusión que, a la larga, sería inútil. Depender de los vecinos era improbable. No colaborarían con ellos. Normalmente no lo llevarían a cabo, menos bajo una situación específica. El miedo dominaba, aterrorizaba, ¿llamar a la policía?, la cagantina, no existía diferencia alguna entre unos y otros. ¿A quién apelar?

—Ve a tu cuarto, refréscate, cámbiate, pronto vamos a cenar.

—Ya vengo.

La habitación intacta, igualita al día en que me fui. Los recuerdos hilvanándose en la mente durante los minutos siguientes, sin perder pista sobre los detalles, detalles adornando cada espacio del lugar. De vez en vez, aparecía. Me gustaba estar ahí mirando los diversos objetos, afiches, un balón de fútbol, los discos, libros, las avionetas, barcos, aquellos modelos que uno ensamblaba con gusto. Ese recorrer la temporalidad pegando cada pieza, hasta las mínimas, para darle la forma deseada. Banderines, historias flotando en el aire, cuentos de mi existencia. Sentir el ambiente de otra vida, vivencias sin grandes preocupaciones, problemas menores, zoquetadas típicas de la edad. Retozando en el jardín. Alguno que otro regaño, castigo por causa de una falta, ese tipo de error que al final representaba las tonterías de la edad. Una época embargada por los sueños, las ficciones enfrentadas a la realidad.

Cinthia, la vecina. La ventana del cuarto en dirección a la suya. Correteando de un lugar a otro, sus muñecas, la casita, una niña consentida, mimada, pedante, la edad, dirían algunos. Atractiva. Sus actuaciones estaban centradas en función de ella, el centro del universo, pobrecita. ¿Qué habrá sucedido para hacer lo que hizo? Se quitó la vida apenas comenzando a vivir. Tenía todo, bella, estudiosa y, un día, rompió el circuito, suicidio, se desenchufó, aniquilación física. ¿Qué será de su familia, su hermano Marcos, sus padres? ¿Dónde se encontrarán? Deseaba hallarlos, cruzar algunas palabras, recordar, la memoria instalada sobre la mesa. "Raúl, a cenar", gritaba mamá.

Tenía hambre. Volveré a saborear la excelente cocina de mi madre. ¿Qué habrá preparado? Dirá que es una tontería pero sé que, por causa de mi presencia, el esfuerzo por llevar a cabo un suculento plato sería increíble.

—Papá, ¿qué se han hecho los Zambrano?

—¿Qué te ocurre, a qué viene esa pregunta luego de transcurridos tantos años?

—No sé, una sensación extraña por recordar.

—No creo que ellos deseen revivir aquellos tiempos.

—¿Se mudaron?

—Sí, después de esa desgracia prefirieron retirarse a su tierra, oriente, Cumaná. Ya no querían seguir viviendo en esa casa, en la capital, esas imágenes eran muy dolorosas.

—Comprendo.

—Estás muy raro.

—No, es que viendo lo que acontece vinieron a la mente los recuerdos.

—Entiendo, en eso me la paso. Soy viejo y solo me quedan las rememoraciones, épocas diferentes. No es que fueran una maravilla pero se podía vivir. Tú eres más joven, deberías pensar en el matrimonio, formar una familia, construir algo firme.

—¿Cuál es la firmeza de una familia que puede desmoronarse en cualquier instante, circunstancia? La solidez pareciera desmenuzarse en fracciones de segundos.

—Si lo vas a ver de esa manera, no irás muy lejos que digamos. Eso no fue lo que te enseñamos.

—Lo sé, pero lo diario te muestra algo muy diferente a lo aprendido en casa.

—Pero la base sigue igual.

—No lo niego, solo que...

—¿Qué?

—Nada, olvídalo.

Lentamente, sus fuerzas mermaban con el tiempo. Se levantó, despidiéndose: "Estoy cansado", fue lo único que expresó. Para él, la discusión terminó. Sentí su tristeza ante aquella conversación, no le gustó para nada. Apesadumbrado, optó por retirarse. Era tarde. Una excusa válida. Estaba acostumbrado a dormir temprano. Se levantaba

al amanecer, madrugada, para deambular por los alrededores. Su manera de existir. Mamá le dijo que lo alcanzaba.

—¿Por qué hablas así con tu padre?... Le haces daño.

—No era mi intención, pero debe entender mi situación, vivo en otra época, es más complicada, difícil, los conceptos acerca de la pareja han cambiado.

—No te entiende... solo te pido que no sigas con eso.

—Está bien, mamá.

—Buenas noches, que sueñes con los ángeles.

—Duerme bien y dile a papá que lo quiero mucho.

—Ya lo sabe.

La vi retirarse. Encendí un cigarrillo. Inhalé una bocanada con fuerza. Exhalé con la misma intensidad. No me quería mover. Me sentía bien en el comedor. Antes de retirarse, mamá puso un cenicero a mi alcance. Desapareció a través de aquella puerta, puerta de su habitación, habitación en la cual dormía con el viejo hace tanto tiempo.

Me invadía el sueño, sueño, sueño...

La estela de una ilusión

Una imagen marcando un paso suave por el Centro Comercial Chacaíto, dejando, en su caminar, la estela de una ilusión. Se esfumaba en cualquier recoveco. Por un instante pensé que era producto de la imaginación. Un fantasma merodeando el cerebelo: órgano mental empeñado en enloquecerme. No pude seguir hojeando el diario. Pagué la cuenta y marqué el rumbo en dirección a dicha efigie. Aceleré el movimiento con la idea de alcanzarla. Sonreía, disolviéndose en las interioridades del mundanal ruido de lo cotidiano. Se perdió. No pude emparejar el ritmo. No estaba presente en el vaivén de lo continuo. Escapaba. El problema: conocer su paradero. Miraba a través de las vitrinas de las tiendas. ¿Dónde se habrá metido?

Se erguían en los kioscos periódicos, revistas, *chiclets*, caramelos, cigarrillos, aspirinas, tantas otras cosas en las interioridades de aquellos pequeños negocios metálicos edificados sobre las aceras, el puro comercio. Observados esa mañana de aire limpio que invitaba a caminar, intentar olvidar la tarde, noche anterior, el encuentro con la Fina. El cielo lavando el espacio, un ambiente fresco en esas primeras horas. Recorría el movimiento corpóreo sin la determinación de ir a algún

lugar específico, solo mover entre los estados de lo cotidiano, el goce de lo diario.

El movimiento de unos brazos femeninos llamó la atención, acción por la cual detuve el paso, tenía la impresión de que era conmigo, no estaba seguro, volteando, buscando la presencia de algún ser que fuera receptor de dicha gestualidad, nadie. Lograba divisar las interioridades de aquel kiosco. Distinguir era dificultoso por la lejanía obligando a cruzar la calle, prolongación final de la avenida de El Bosque que doblaba en las entrañas de Chacaíto.

Un estupor invadía el cuerpo al reconocer a la mujer, el fantasma, la estela de una ilusión, aquella esfumada en algún recoveco de la existencia. Se llamaba Miriam, lo supe, me lo dijo. Saludé a pesar de que las palabras costaban salir, un nudo en la garganta. Reconocía la belleza de la condenada. El que se presentara era una sorpresa. No estaba marcado en la programación de una mañana como esta. Un caballero mayor, un sujeto con un largo transcurrir en el tiempo se presentó.

—Es mi padre.

—Mucho gusto.

Parado, a mi lado, frente a frente, brazos cruzados, piernas marcando pasos al unísono optando por la misma vía, camino, ruta, dirección, dirigiendo el uno al otro arribando hacia cualquier parte una acción determinada por la inconsciencia, ya no se pensaba, solo el intercambio de murmullos, palabras semejantes a expresiones humanas.

—Vamos a tomar un café, te invito.

Transcurrieron las horas, muchas, no imaginaba que fueran tantas, rechazaba el final, negaba la idea de la separación, ocurrir el trunque, el corte, dejando el espíritu en el aire. Dio cuenta de la hora.

—Me voy, mamá está esperando en el mercado de Chacao.

—Ya que vas para allá, ¿puedes dar la cola?

—Claro.

Llamó al mesonero. Iba a sacar la cartera deteniendo el gesto ante su negación.

—¡No! Yo pago, acuérdate, yo invité.

Incliné los hombros en un gesto de aceptación. En el fondo caía bien que fuera ella quien cancelara: me encontraba en esa etapa de la vida dominada por la figura de la limpieza. Sabía todo lo referente a mi persona. Desconcertado. Ignoraba quién le contó, me describió, y yo...

siempre en el aire, típico, la brújula de la vivencia era un desastre, nada hacía bien, siempre faltaba algo, coherencia, un poco, inevitable.

Transcurrieron unas cinco semanas extrañas. Todos los sábados en la mañana, religiosamente, me encontraba presente en aquel lugar, el cafetín acostumbrado, ubicado bajo el negocio Beco, recorriendo el tiempo, escuchándola, hablaba hasta por los codos, repetía historias, la oía mientras pensaba en desarrollar algo diferente, un lugar distinto, otra parte, variar la geografía.

Helado, congelado, ese sábado me encontré. Los kioscos desaparecieron, se disolvieron en el espacio, en su lugar abrían el cemento. Di vueltas por Chacaíto sin ningún resultado. El cafetín de los recuerdos fue dominado por la nada. Desconocía su número telefónico, su apellido, Miriam a secas. Solo aspiraba su aparición aunque fuera accidental, la única manera de volver a verla. Desmoralizado, tumbado, sin ánimo alguno. Consumiendo un café dejaba correr la temporalidad. La concentración en la lectura era imposible, no podía llevarse a cabo, la angustia se imponía.

Regresé a casa para descansar, comer algo, deseaba dejar que los cambios del día impusieran nuevas fórmulas de existencia. Al final de la tarde decidí salir hacia Sabana Grande con la intención de encontrar a algunos amigos. La necesidad de departir con ellos. Solo pensaba en ella, en esa chica fantasmal que aparecía y desaparecía de mi cotidianidad. William se encontraba sentado frente a una mesa. Pedí un negro corto luego de saludarlo. En eso llegó Gandi lanzando una perorata acerca del teatro infantil.

—¿Quieren venir a un sitio que conozco? Tomaremos un par de birras.

—No puedo, debo ensayar.

—Yo sí.

Era cerca, la avenida Libertador, un restaurante brasileño, Il Galeone, nuevos dueños de un sitio que con anterioridad fue italiano. Le dejaron el nombre, especializándose en vender cerveza más barata, caipiriñas, boliños de yuca y diversas variedades de dicho país del sur. Encontré algunos panas en aquel lugar. Instalados frente a una mesa estratégica, como expresó William, se divisaba la puerta. Existía suficiente espacio para que se sentaran sus amigas. Pedimos dos birras con una ración de boliños y picante. La conversa, el intercambio de palabras, el condenado sentía la

perversión de la actividad política, le faltaba sesera, seguro, no lo veía bien como periodista, bueno, en ese final de tarde, principio de la nocturnidad, preferí callar, seguir la corriente, continuar la cotorra, no llevar la contraria, hasta apoyar las sandeces que decía. Llegó la segunda ronda. Empezaba a animarme. Hacía tiempo que no me echaba palos en forma. Entraron varias niñas que no estaban nada mal. William se volteó haciendo una seña. Me paré para arrimar algunas sillas.

—Falta Miriam.

—¿Dónde está?

—Estacionando el auto.

La silla para la tal Miriam, el mismo nombre de la susodicha, la determinada como la estela de una ilusión fue destinada a mi lado. Ya veía a la tipa con vehículo aventando mi futura borrachera. Presentía algo maravilloso, fulgurante, debía controlar: cada vez que me emocionaba, todo salía mal. Al ver entrar a Miriam quedé frío, pasmado, ella, me levanté como si tuviera un resorte en el culo. Los demás quedaron boquiabiertos, no entendían lo acontecido. El piso parecía mover, un temblor, terremoto, el desastre universal. Sudaba copiosamente. Nos acercamos. La abracé con fuerza. Por un instante imaginé romperle los huesos. Ella presionaba suavemente. La separación, no estábamos solos.

—Te busqué.

—Yo también.

—¿No te dejé mi teléfono?

—No.

—Y tú que no quieres dejar el tuyo.

—Sabes la razón, si llama alguien lo tratan groseramente.

—Eres todo un misterio.

Iba a ser un parloteo, la interrupción fue impuesta. Preguntaban qué deseábamos tomar, consumir, volvimos a la realidad. William sabía, en mi caso, lo que bebía pero Miriam recién arribó. Contaron chistes. Sentí ese cuerpo frágil y fuerte a la vez pegado al mío, era la primera ocasión durante el tiempo que nos tratábamos, un gran paso adelante, pero existía algo que no cuadraba, desconocía la razón, su origen, qué la hacía reaccionar de aquella manera. Ella sentada a mi lado.

—Vamos a estar solo un rato, debemos regresar temprano.

—¿Por qué?

—Tengo que ir a casa.

—¿Puedo acompañarte?

—No, quédate con tu amigo, ya nos volveremos a ver.

—...

Se avecinaba una tormenta, el huracán que golpeaba mis instancias volvía a desaparecer, no hallaba la fórmula para retenerla. Por un instante se me ocurrió correr hacia una ferretería, comprar unas cadenas y atarla con un candado, luego botar la llave. Llamó al mesonero para pedir la cuenta. Hice el gesto de que no la pasara. Esa tarde tuve la suerte de cobrar y andaba bien armado. Miriam enfureció, estaba brava, caliente, no le gustaba que la invitaran. Se pararon desapareciendo. Me invadió la cólera, el desconsuelo, del uno al otro sin intermedio. Señalé al tipo que deseaba otra ronda. William permaneció silencioso. Debía esperar otra oportunidad, ignoraba su fecha.

Caía un palo de agua, una lluvia bien brava. Inmovilizado, detenido en aquella entrada de un edificio en Chacaíto, esperaba un mejor momento para continuar mi camino. Los kioscos volvieron a su lugar pero ella no se encontraba, no estaba en ninguna parte, ningún sitio, solo la presencia del viejo y de una joven, joven que por sus rasgos físicos parecía lejana a cualquier parentesco familiar. Una gran depresión comenzó a invadir la corporeidad.

Aquella vieja edificación de pocos pisos, sin ascensor, escaleras anchas y esa oscuridad exhibiendo cierto ambiente melancólico. Recordaba una semejante en Las Mercedes. El tipo de apartamento, grande, techo alto, cómodo, diferente a los de hoy, los que se asemejan a jaulas de pájaros.

Las paredes de la entrada mostraban el desgaste del tiempo en que debieron conocer muchas historias, horas de gloria, alegrías, tristezas. Se notaba el transcurso de las horas, días, semanas, meses, años, aunque le pasaran una capa de pintura. Era de ese tipo de edificación que ya no interesaba, dejándolos al designio del deterioro, buscando de esa manera alguna salida para derrumbarlo, aniquilarlo, elevar otra construcción más sui géneris, pisos de oficinas. El final de la avenida principal de El Bosque penetrando en la interioridad de Chacaíto.

Había mucho tráfico, congestión de vehículos, formación de una superficie acuática aparentando un río con ciertos pozos, los huecos dejados por el olvido, alguno que otro caía irremediablemente. Gente aglomerada bajo los pocos techos brindando alguna protección,

estrechos, esperando el amainamiento para continuar su caminar, ruta, vía, al igual que yo, aguantando, aunque las razones fueran distintas. Recordaba, recordaba, recordaba...

Encendí un cigarrillo. Observé el humo tratando de extender su espacio, buscando otras viabilidades. Entretenido me encontraba en mis recuerdos hasta que apareció un vecino del edificio, lo saludé, al dar cuenta de la situación dejó un periódico para que pasara el tiempo leyendo hasta que dejara de llover o, al final, que lo usara como tapadera al correr hacia otro lugar. Se lo agradecí. El auto cayó en un hueco, hueco producto de la falta de una alcantarilla. La conductora quedó estancada, varada. Varios tipos se lanzaron en su ayuda. Empapados, brincos, avances, retrocesos, gritos, orientaciones de todo tipo, lograron llevarlo a cabo y la mujer pudo continuar, seguir su camino, sin dejar de agradecer a la oleada de caballeros que salieron en su auxilio.

Continué esperando, dejando el reloj correr hasta hallar una oportunidad de retornar hacia el lugar inicial, meta aspirada. Lo que debía hacer era abandonar el sitio. Existía una claridad acerca de mi existencia, jamás la volvería a ver.

Se fue en uno de esos maravillosos sueños

Escuchaba las quejas de Rosa, reproches día y noche. Debía estar acostumbrado, ¿no? El control ante esa retahíla de descargas me obligaba a suspirar, contar hasta diez, varios trucos para no reventar, estallar. Encendí un cigarrillo aspirando suavemente, expirando con la misma intensidad, oía sus pasos ir de un lado a otro, rumiando. Deseaba ayudarla, imposible: cada vez que lo intenté, me mandó a la mierda. Era mi hermana, la quería, pero no aguantaba ese sufrimiento que la arrastraba a su destrucción: el descalabro de su existencia. El odio la consumía. Miraba abstraído dispersarse el humo, evitando así ser arrastrado por la rabia. Buscaba el cenicero con la mano izquierda colocando la ceniza en su interioridad. Ella lavaba los enseres usados durante el desayuno.

—Voy a comprar el periódico.

Rosa corrió a la habitación echándose sobre el lecho, aprisionando la almohada bajo su cuerpo, llorando. Intenté tomarla por los hombros, ella agitando los brazos en un acto de rechazo; quería estar sola, obligando mi salida. estaba sentado en mi silla favorita, la escogida: jamás comprendí ese apego a dicho mueble que se caracterizaba por ser incómodo.

Otro cigarrillo, los nervios incrementaban el consumo de tabaco, la búsqueda de la calma. Hastiado, cansado, agotado, fastidiado ante tanta agresividad. Varios meses imbuido en aquella locura. El humo se diluía a través de la sala buscando alternativas para salir hacia espacios abiertos.

Ella se encontraba en ese estado por causa de Felipe. Un par de años en plena convivencia conyugal y de pronto recibí su llamado: "Me dejó, abandonó". Fui a verla decidiendo hacerle compañía durante un tiempo, hasta que retomara su vida normal: algo pasajero, imaginé.

Por suerte el apartamento estaba a su nombre. Felipe no quiso entablar ningún juicio ni quitarle nada. Se apasionó por una mujer más joven. Tenía una cuenta bancaria dejada por nuestros padres, permitiendo una vida holgada, tranquila, a pesar de la crisis, de otra forma, se habría quedado en la calle.

No se pudo recuperar de la ruptura, y con el paso del tiempo agudizaba su caos mental: un vestir descuidado, no se peinaba, todavía se bañaba, la obsesión por la limpieza. Como nunca estudió, no tenía buena formación con la cual haber podido ejercer la profesión escogida, evitando ese rumiar cotidiano contra la vida. Ya no salía. Hasta consiguió que me ocupara de las compras y pagos de facturas: un par de años sin pisar la calle ni siquiera por un par de minutos.

El televisor encendido, un libro al lado, no podía concentrarme, solo consumía cigarrillo tras cigarrillo, la impotencia embargaba toda la corporeidad. No me atrevía a tomar una decisión, dicha situación no podía continuar, ¿pero cómo resolverlo?, temía la tergiversación, otro escándalo en puertas. Si me quedaba callado, igual. Me faltaba el diario: excusa para salir.

Rosa no quería escuchar. Esperaba una reacción. Seguía encerrada en su habitación. Presentía el acercamiento de otro tiempo, la ruptura de una manera de vivir. Era la hora para tomar una resolución. ¿Cuál? No existía la posible respuesta. Aquella mañana decidí quedarme, no ir al trabajo. No había nada urgente que hacer, aprovechando para meterme en mis papeles, notas, cuentos, libros. No fue posible. El sueño de la soledad jamás cumplido.

—Trae pan —dijo Rosa dirigiendo a la cocina.

Caminé el largo pasillo, interminable, arribando a los ascensores y escaleras, dependía del funcionamiento o no de los elevadores, se

encontraban averiados descendiendo diez pisos a paso lento. El bajar no importaba tanto como la subida, me volvía mierda. Unas vecinas interrumpían su conversación al verme pasar, saludé y continué la ruta hacia la calle.

Compré el periódico y continué por la avenida en dirección a la panadería. Absorto en la lectura de los titulares no me di cuenta de la presencia de un sujeto parado, interrumpiendo mi paso, sonreía, no me avisaba esperando que colisionara contra él, le causaba gracia que leyera caminando.

—No cambias —dijo.

Era Nelson. Años sin vernos. Abrazos, preguntas, respuestas truncadas: ese deseo de narrar veinte años o más en fracciones de segundos. Propuso que fuéramos a tomar un café, acepté con la sola condición: que fuera en la panadería de la esquina, aprovecharía para adquirir el pan: dos pájaros de un tiro. Una breve charla con el brebaje matutino.

Familias, profesión, política nacional fueron los temas que pasearon por nuestros labios en dicha conversación, corta. Lo que predominó: la época de la niñez. Varios nombres salieron a relucir. Nelson encontró a algunos de ellos en el transcurso de todo este tiempo de trajinar por las calles de la ciudad. Me extendió una tarjeta, lo mismo hice. Le sorprendió que viviera con Rosa, contándole los acontecimientos acaecidos durante aquella temporalidad. Era la hora de la despedida, Rosa me esperaba para almorzar. Quedamos en volver a vernos. Quería hablar con mi hermana, no me pareció mal, a lo mejor la sacaba de aquel enclaustramiento, nunca se sabe: novios durante la niñez.

—No te imaginas a quién me encontré.

—No soy adivina.

—A Nelson, tu novio de la infancia, ¿te acuerdas de él?

—Claro que sí, ¿qué está haciendo?

—Ejerce el Derecho.

—Horrible, no hay nada peor que un abogado latinoamericano.

—¡Coño, sí eres tajante! ¡No perdonas a nadie! Ahora te da por condenar a los leguleyos.

—Por experiencia propia.

El almuerzo transcurrió en silencio, solo el sonido de los platos, tenedores y cuchillos, a ratos, rompía con aquella paz. Me sentía bien

sin la necesidad de intercambiar palabras con ella: la calma bordeando el abismo de la tormenta. Ingerí el café para luego dirigir al baño, lavarme los dientes y cambiar de ropa. Debía ir a la oficina para preparar el par de reuniones del día siguiente.

—¿Adónde vas?

—Al trabajo.

—Creí que te quedarías todo el día.

—Imposible, me tiré el lujo de cogerme la mañana pero debo estar en la tarde, mañana será de espanto.

—Y los tragos...

—No sé, a lo mejor.

Siempre lo mismo, pensé encaminando hacia los ascensores, descendiendo por las escaleras, una pequeña cola para adquirir los *tickets*, dos, ida y vuelta. Esperé al gran gusano metálico, poca gente en el andén. Veía el fondo del túnel esperando la aparición de las luces que indicaran su llegada a la línea amarilla. La enorme larva se detuvo abriendo sus compuertas. La gente salía. Aguanté para luego entrar. Asientos ocupados. ¡Mierda! Debía viajar parado, agarrándome a uno de los tubos, dejando arrastrar hacia los confines de la meta determinada: Plaza Venezuela. Ahí, el trasbordo en lo más profundo de los intestinos de la ciudad. Descendí aquellas escaleras arribando al otro andén. No estaba la gran oruga. Lamenté no haber traído un libro, ni siquiera una revista que me entretuviera durante esos minutos: solo cargaba los recuerdos como compañía.

El largo animal, la culebra de hierro, se detuvo enfrente abriendo las compuertas de sus entrañas para poder entrar. Conseguí un asiento lateral y dejé el tiempo correr, el sonido indicativo de cierre, la arrancada y la llegada a la meta: Las Tres Gracias. Saliendo por una lateral expulsado como excremento hacia la poceta de la vía pública, entre vehículos y transeúntes. Doblé a la derecha disfrutando caminar sobre una de las raras aceras sin desniveles, hasta girar por un estrecho pasaje que conducía a los vaivenes de la incómoda cotidianidad.

El cafetín: un negro corto y un paquete de cigarrillos. El ascenso penetrando en un extenso pasillo, vivía de pasillo en pasillo, abriendo la puerta colisionando contra la imagen de mi secretaria, saludos y luego instalándome en el escritorio después de quitarme la chaqueta.

—No quiero ver a nadie —le dije a Carla.

No tenía ningunas ganas de revisar ese papeleo: papeles atrasados por causa de Rosa. ¿Cómo cayó en esta situación? La ruptura con Felipe fue la gota de agua que desbordó el vaso. No fue la causa directa. Comprendía la depresión, pero ese dejarse llevar no venía de dicha separación. Una niñez mimada: a ella la cuidaban como si fuera una reina, hacía lo que venía en ganas. Una jaula de oro para la niña. Tampoco era la razón para caer en esta locura, ayudaba, pero no era para tanto.

Pensaba, pensaba, pensaba...

Decidí volver a casa. Me puse la chaqueta, agarré el maletín saliendo, despidiendo de Carla, cruzando la puerta encaminándome a la salida: atravesaba las variantes de un largo sinfín, atrapado en la recta del nunca acabar. Caminé por la misma vía por la que llegué: la repetición de la ruta en sentido inverso. Otra vez el metro, transferencia y la serpiente que me defecaría en las cercanías del hogar. El ascensor funcionaba, los diez pisos y la entrada encontrándola frente al televisor. No capté lo que estaba viendo, apagó inmediatamente. No le dije nada, un simple saludo. Solo observé su retiro a la habitación. Entré a la que me correspondía para dejar el maletín, la corbata y chaqueta, volviendo a salir para ir a la cocina, beber un poco de agua fría, el calor pegaba duro. Esperaba el momento para la famosa conversación, esclarecimiento de las diversas actitudes acontecidas en los últimos meses. Encendí un cigarrillo y me senté en la susodicha silla.

—¿Qué haces tan temprano?

—¿Te molesta?

—No, me pareció extraño, pensé que estarías toda la tarde en tu trabajo y luego te largarías a beber con tus amigos.

—Preferí llegar temprano, no tengo la mente para el trabajo, existe la necesidad de que conversemos, acabar con esa serie de agresiones injustificadas. Si quieres que me vaya, dímelo, me voy a un hotel hasta encontrar una habitación, después recogeré mis cosas.

Ella escuchaba con parsimonia, extraño, dejó de lado su carácter agresivo. Cometía un error: mostraba mis debilidades y eso le causó gracia. La virtuosidad de una vida independiente, completa y formulada para un adulto que no deseaba sufrir los amarres de ninguna mujer.

Cansada, agotada, daba cuenta de mi incomprensión. Quería estallar en un largo llanto, pero no lo hizo. Optó por reprimirse, soportar,

darme el chance para descargar la opresión que sufría apretando el pecho. De repente soltó una carcajada, se levantó y fue a la cocina, regresó a la sala.

—Por mí, puedes hacer lo que quieras —dijo.

La frustración embargó mi espíritu. Aplastado sobre la silla, un oleaje depresivo bañó la corporeidad. Por instantes dudé entre volver a salir o quedarme. Decidí por lo último, acostar, olvidar, dormir, despertar al día siguiente como si nada hubiera ocurrido.

—¿No vas a cenar?

—No.

Observaba el techo: diversas fisuras, líneas, un extenso mapa sobre algún lugar desconocido, inexistente. No se parecía a ningún lugar. Los ojos intentaban, poco a poco, capturar el sueño, se cerraban. Luchaba por mantenerlos abiertos. No lo logré, quedé dormido.

La mañana siguiente entré en la habitación de Rosa, dormía plácidamente, como si hubiera encontrado su paz interior. Daba gusto verla gozando del dormir: jugar con los sueños, inmersa en mundos alejados de la realidad, apartada del caos rutinario. Me dirigí a la cocina para prepararle el desayuno, algo distinto, que lo saboreara en su cama, una reina. Ofrecerle algo espectacular tipo película: al mejor estilo de un amanecer mediterráneo. ¡Qué lastima, no tenía fresas ni champaña! Pan tostado, mantequilla, mermelada, jugo de naranja recién exprimida, un huevo pasado al agua durante tres minutos y una taza de té. Se me olvidó la flor: el cursi subido a la enésima potencia.

Volví al cuarto con la bandeja portando el desayuno. Al verla tan relajada dudé en despertarla, me daba pena romper con esa paz espiritual, le hacía falta. Tenía que hacerlo. No me quedaba otra alternativa. Debía salir, ir al trabajo. La agité luego de dejar la bandeja sobre una silla cercana, suavemente... nada. Extrañado, repetí el gesto... nada, ningún resultado. Lo hice con fuerza... nada, se fue en uno de esos maravillosos sueños.

¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa?
—Nada.
—Sí, algo te sucede.
—Nada, vieja, nada.
—¿Por qué ese silencio?
—Me da la gana.
—Algo ocurre y no me lo quieres decir.
—No.
—¡Cómo que no!
—¡Estás loca!
—Ahora me tratas de loca, ¡eso era lo que me faltaba!
—Jamás comprenderás.
—¿En qué te basas para afirmar tal cosa?
—Te conozco.
—No me digas...
—Sí te digo.
—¿Quieres un cigarrillo?
—No.
—Ves, ves...

—¿Qué?
—Me rechazas.
—Deberías ir a un manicomio.
—Me desprecias.
—No.
—Entonces, ¿por qué te comportas así?
—Porque quiero.
—¡Ah!
—¿Te satisface?
—No.
—Eres fastidiosita.
—¡Ahora resulta que soy fastidiosa!
—¡Sí!
—¿No me quieres?
—No es eso.
—¿Entonces?
—Tengo un problema.
—¿Y por qué no me lo dices?
—No quiero.
—¿Te enamoraste de otra?
—No.
—Mira, te pido que me lo cuentes, no me hagas sufrir.
—Ya pareces lenguaje de telenovela.
—Búrlate.
—No me burlo.
—¡Sí!
—¡No!
—¿Quieres un cigarrillo?
—Bueno...
—El día está muy bonito, ¿qué tal si salimos a pasear?
—No tengo ganas.
—¿Oímos música?
—No.
—¿Vemos televisión?
—No.
—¿Bebemos unos tragos?
—No.

—¿Qué quieres hacer?
—Resolver mi problema.
—¿Cuál es?
—No te lo voy a decir.
—¿Por qué?
—No quiero.
—¿Debe haber una razón?
—No sé.
—Si no quieres decirme nada es por algo.
—Es posible.
—¿Cómo están tus clases?
—Bien.
—¿El problema no está allí?
—No.
—¿Por qué no me lo cuentas?
—Te vas a reír.
—Esto es el colmo, ¡ahora me voy a reír!
—Sí.
—No lo voy a hacer, puedes decírmelo.
—Está bien.
—¡Bravo!
—¿No te vas a reír?
—No.
—Quiero montarme en un carro chocón.
—...

Encuentro en el Gran Café

—¡Miren quién aparece! —gritó Adolfo.

—Increíble, el fantasma de Gustavo —agregó Augusto.

Cruzaba, lentamente, entre vendedores ambulantes, un salvador de almas a precio módico, mercancías de todo tipo para atrapar incautos, niños pidiendo limosna, mesoneros exhibiendo destrezas de equilibristas con bandeja en mano. Esperaba el turno para cruzar la estrecha calle descendiendo desde la Solano hacia la Casanova, la Pascual Navarro. Devolví el saludo con el brazo derecho, acercando. Sentados alrededor de una mesa, interrumpieron la conversación. Estuve alejado de ellos hace buen tiempo. Ubicado entre Adolfo y Ricardo, enfrente se encontraban Augusto y Felipe y una silla colateral, vacía, Germán había ido al baño. Extendí el brazo indicándole al mesero de turno un negrito y agua con gas.

—¿Interrumpo algo?

—No te preocupes, Augusto no pierde el hilo cuando habla de vinos —dijo Adolfo.

Sonrió. La pasión de Augusto por la vinatería era tan impresionante que podía lanzar tesis monumentales durante horas y horas, sin agotarse.

—Un tema que me apasiona (Augusto).

—Eso no necesitas decirlo (Ricardo).

—¿Ese milagro? (Augusto).

—Tengo el día libre y decidí venir a verlos, me hacen mucha falta.

—¡Bravo! ¡Regresa al redil! —gritó Germán retomando su puesto.

Completos. La pandilla se reunía, después de varios meses desperdigada. Algunos se encontraban por accidente, preguntaban por los demás y seguían sus caminos.

—¿Por cuánto tiempo estarás libre? —preguntó Felipe afincando la mirada sobre Ricardo.

—Solo por hoy, el lunes retorno a mis labores.

—Qué aburrido te has vuelto (Germán).

—¿Qué opinas de los vinos? (Ricardo).

—Me apasionan, pero con esta crisis económica, el degustar un *Bordeaux* quedó para la pura imaginación, se hace imposible, solo le doy a la cerveza Polar, no voy a estar gastando en esas marcas importadas, existiendo una buena birra nacional.

—Tenemos vino nacional (Felipe).

—Por favor, el vino es francés y el whisky, escocés.

—La cerveza es alemana (Adolfo).

—La única regla que rompo.

—¿Verónica? (Augusto).

—Está bien, la dejé en su casa, anda de malas pulgas.

—Tengo una idea, vamos a festejar este reencuentro como en los viejos tiempos. ¿Qué te parece? Podemos vernos en El Paseo (Augusto).

—Ya está, quieres ver a Verónica (Adolfo).

—No exageres, solo es una idea, ¿qué piensas? (Augusto).

—Está bien, solo que no tengo intenciones de invitarla.

—Apoyo la moción (Germán).

—Tú solo piensas en el bochinche (Ricardo).

—No lo puedes negar, es una fabulosa idea (Germán).

—Seguro que si la invitas, acepta (Adolfo).

—Seguro es la muerte, lo demás, puro agregado.

—Debo hacer algunas cosas y aprovecharé para avisarle a Virginia (Germán).

—Yo también (Adolfo).

Cancelaron la cuenta. Augusto fue el último en largarse, antes de partir preguntó:

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No, gracias, deseo caminar un rato.

Lo vi alejarse, bajar hacia la Casanova para buscar su vehículo.

¿Debía o no abrirla?

Costaba levantar, difícil, la modorra me invadía, solo aspiraba a seguir durmiendo, continuar soñando con una vida que no era la mía. Nada que hacer, los ojos dejaron de cerrarse. Se encontraban bien abiertos y por más que giraba entre las sábanas, no podía recuperar las profundidades de otra existencia. Me levanté dirigiendo al baño una buena meada, luego a la cocina enchufando el calentador, un buen baño de agua caliente. Otra vez a la habitación. Retorno para buscar la ropa que usaría aquella mañana, la deportividad. Un simple viernes en la mañana. Hay algunos ociosos que disfrutan del amanecer, ver salir el sol, en mi caso, ¡qué va!, si pudiera extender el dormir hasta el mediodía, sería un hombre feliz, el espíritu más profundo de la ociosidad.

En uno de esos ir y venir, atravesando la sala, noté la presencia de un sobre. Por el logotipo logré identificar su procedencia. ¡Mierda! ¡La cuenta de la electricidad! ¿La habrán aumentado? Esperaba que no, la ruina económica dominaba mi existencia. Últimamente pagaba deudas, solo deudas, no lograba salir de ellas. Preferí dejar el sobre sin abrir sobre la mesa y continuar con mis actividades matutinas. Tenía tiempo y lo que debía cancelar lo llevaría a cabo la próxima semana.

Bañado, desayunado, vestido, cepillado los dientes, me acerqué a la mesa tomando la carta, le di vueltas mientras me instalaba sobre mi silla favorita. ¿Debía o no, abrirla? Gran interrogante. La alejaba, acercaba, alejaba, acercaba, hasta que, luego de un suspiro, decidí abrirla, la hora de la verdad se acercó, era tiempo en enfrentar la cruel realidad de la cotidianidad.

Quedé perplejo, apabullado, enmudecido. Pensé que era una broma de mal gusto de algún compinche. No, era la pura realidad. Hasta me provocó ir a una oficina de la electricidad para que me informaran si existía un error. Era incapaz de moverme. Clavado sobre mi silla favorita. ¿Qué hacer? Nada, era la mejor respuesta, no le debía nada a la compañía de luz. La deuda indicaba el puro cero, solo el cero, no aparecía otro número y una nota aparte donde explicaba las razones por las cuales estaba imposibilitado para cancelar, un montón de insultos por no utilizar dicho bien social obligando a la empresa a dejarla sin deuda. Estaban furiosos por no poder cobrarme nada, no lo comprendían. Yo, tampoco.

Una bajada a la playa

Mi culpa, sí, soy el único responsable por alejarme, romper con la rutina. ¿No te acuerdas? El castigo por seguirte. No debía ir pero esa manía de aceptar cualquier proposición me dirigía al desastre. Si fuera mujer, terminaría en la Libertador. Aquel descenso por la autopista Caracas-La Guaira, sentado detrás intentando disfrutar del paisaje, vista poco alentadora. La montaña soportaba el peso de la desidia. Escuché una vez: "¡Qué bello! ¡Parece un nacimiento!"; enmudecí, aquel día solo moví los hombros en un gesto de resignación, mejor cambiar de tema. Disfrutaba del aire golpeando el rostro. Buscaba las primeras señales de la presencia marina, olor salino indicando la cercanía del mar. La mujer a mi lado me trataba como si fuera su vida, no lo era ni lo sería, ¡qué va, a otro con ese cuento!, molestaba, una pieza teatral mal actuada, mal escrita, mal dirigida.

En la oscuridad del primer boquerón se me pegó, retirándola suavemente, acto amable pero tajante, con el argumento de la temporalidad. Opté por hacerte caso y nos fuimos a la playa, mitad de semana, dos días para el puro bochinche, en tu caso, no tenía ganas, insististe, cargabas con esas dos mujeres, necesitabas de mi presencia para ocupar a la otra, Sofía, ¿así se llamaba? Bonita, no te lo podía negar,

pero demasiado lanzada para mi gusto. ¿Cómo las conseguiste? No me dijiste, lo imaginaba, preferí no tocar el tema, evitaba. Te fascinaba ese tipo de ambiente, tu gusto, pero no el mío. Me embargaba la incomodidad.

La playa estaba cerca, podía percibirlo, el sueño el cual tenía tiempo que no disfrutaba, desorden existencial. Llegamos a la casa, una planta, buena presencia. ¿Cómo la obtuviste? Sala bien arreglada, buen gusto en su decorado, al igual que las dos habitaciones con baños respectivos. Cocina equipada. Ningún descuido. Limpia, atendida con cariño. Sí, debía ser prestada, te conozco, no eres capaz de montar algo tan agradable para la vista, en tus manos sería un desastre. Se caería por inercia. Indicaste aquella puerta, la habitación que me tocaba, agregaste a Sofía, me provocó mentarte la madre. Ella penetró en el lugar, emocionada dejando su maleta sobre el colchón, comentando que éramos marido y mujer. Lo que me faltaba. Entré al baño para cambiar de ropa: traje de baño y franela, saliendo enseguida, no quería permanecer cerca de esa loca más del tiempo debido, zafada, dirigiendo hacia la playa.

Nadar un rato y luego reposar sobre la arena. Embargó la molestia al ver a Sofía, me siguió, seguro fue una de tus sugerencias geniales. Se quitó el traje de baño exhibiendo un cuerpo monumental, la verdad sea dicha, estaba bien buena. Nadaba como una sirena internándose bajo las olas para surgir del otro lado haciendo señas. Le respondí. Retornó recostando ese esbelto cuerpo a mi lado, sin ningún pudor, mostrando las esencias mismas de la eternidad. ¡Qué ladilla! Deseaba estar solo. En dicha situación no podía disfrutar de la soledad, ni siquiera concentrarme.

—¿Qué tal si paseamos?

—Hazlo, quiero estar solo.

—Eres un tipo bien raro.

—Normal.

—Otro no me soltaría.

—Lo dijiste, otro, yo no.

—¿No te gusto?

—No, eres demasiado vulgar para mi gusto.

—Buscas la mujer perfecta.

—¡Vete! ¡Lárgate a cualquier parte!

Esfumó dirigiéndose hacia el mar, los brazos del océano rodearon su cuerpo, la tomaron en su seno. Aparecía, desaparecía, una bocanada de oxígeno, inmersión, repetición hasta perderla de vista. Opté por caminar en la playa gozando de la suavidad de la arena, el aire acariciando el rostro, la sal impregnando el cuerpo. Encendí, con cierta dificultad, un cigarrillo. Fui duro con aquella mujer, injusto, mierda, pero era necesario, debía dar cuenta de su situación, pero era difícil que cambiara, estábamos metidos en un país en el que se piensa solo en la moneda desde el nacimiento. Ella no escapaba de dicha situación. Funcionaba con esos parámetros.

Durante el resto de la mañana no volví a verla. ¿Se habrá ahogado? Lo dudaba, se movía en el agua como una sirena, ya lo dije, posible, pero era mejor repetirlo, por si acaso. Posiblemente lo fuera pero no percibí canto alguno, una sirena moderna.

Decidí volver a la casa, recoger la billetera y salir por ahí en búsqueda de algún lugar en el que pudiera ingerir alimentos. Al entrar al cuarto vi a Sofía acostada, desnuda, sobre la cama. La saludé. No respondió.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Vístete y ven, encontremos un restaurante cerca.

Caminamos por la extensa calle observando a los lados por si encontrábamos un letrero que indicara un sitio para pasar un rato bebiendo un par de cervezas y comer. No nos dirigimos la palabra durante el trayecto, recordaba, cuando arribamos, la presencia de un local específico para esos menesteres.

Ignoraba dónde estaba pero no me importaba, me sentía bien, había disfrutado de un poco de soledad. Encontramos el restaurante, sentando alrededor de una mesa con vista hacia el mar. Poca conversación. Pedimos un par de cervezas. El brebaje frío caía bien, agradable ante el calor intenso que pegaba en la calle. Leímos el menú llamando al mesero, pidiendo lo deseado con la compañía de vino blanco, me sentía espléndido, y otras dos birras luego de comer.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté después de cancelar la cuenta.

—Quisiera regresar a la casa para descansar.

—Está bien.

Te encontrabas aposentado en el sofá exhibiendo una sonrisa cínica. Nos observaste arribar. Sofía se dirigió a la habitación, yo me senté a tu lado, la amiga que te hacía compañía siguió a la otra.

—¿Quieres beber algo?

—Una cerveza.

Encendí un cigarrillo. Aspiré y expiré con calma, suavidad. Me sentía tranquilo, había decidido lo que iba a hacer. Esperé a que regresaras con la lata de cerveza, la extendiste y volviste a tu puesto. Bebí un largo sorbo, friíta, helada. Otra chupada del cigarro y dije:

—Me voy.

—¿Qué? ¿Me dejas? ¿Qué te sucedió? Te fue mal con Sofía...

—Nada de eso, estoy harto, agarro mis cosas y me esfumo.

Entré a la habitación. Las dos se quedaron silenciosas observándome como sacaba la maleta, ponía la ropa, cerraba y volvía a salir. Inevitable. Ni siquiera hiciste un gesto para frenar mi paso al cruzar el *living*. Solo propusiste que esperara, todos regresaríamos a Caracas, me negué.

—No quiero echarte a perder tu bochinche, quédate tranquilo y disfruta.

En la calle me embargó una sensación de libertad, caminé hasta llegar a la parada instalándome en un banco a esperar el bus que me llevaría a casa.

Una deuda de juego

No te hagas el loco ni el olvidadizo, acuérdate, apareciste de la nada chillando acerca de una deuda, algo complicado, estabas asustado, aterrorizado, enredado en un tremendo lío, te iban a quebrar por deudas de juego, debí dejarte solo frente a tus amistades salidas de los bajos fondos, querían verte para cobrar, temblabas, me provocó reír: jamás te había visto tan cagado como aquel día, me sentí raro, extraño, era la primera vez que me pedías ayuda, llegué a preocuparme, tu vida era un caos, te acompañé para ver a aquel tipo, iba a ayudar prestándote la plata, todavía me la debes, no te preocupes, no estoy cobrándote, nada de eso, tranquilo, solo pienso que puedes terminar mal. Nos encontramos con aquel cobrador, se me enfrió el guarapo frente a esa mole humana, ¡mierda!, tenía pinta de asesino, trataba de disimular pero mis piernas temblaban, le pagué y nos largamos, solo te expresé que no volvieras a buscarme para estos menesteres, lo olvidamos, no tenía ganas de volver a encontrar con esa clase de personaje.

Desmadrado

Estaba desmadrado. Debió ser algo que comí en aquella taguara a la que me llevó Julián, comida barata y buena. Barata, sí, buena... Pasé toda la tarde vomitando, luego, la cagantina, me vacié. No podía sostenerme en pie. Boté hasta las tripas. Era un resto de persona. Una sombra deambulando por cualquier parte. Ni leer podía. Nada de nada.

Logré llegar a mi casa porque me dieron la cola, a punto de muerte. Creí, por momentos, que me iba para el otro barrio, poco faltó. En esos instantes pensaba incoherentemente, tendido sobre el lecho. No quería saber nada de comida ni bebida, solo deseaba dormir: tuve la impresión de ser castigado con el dengue, aterrado. Cagado, meado, vomitado, esperé sobre el lecho el final. La verdad sea dicha, no era el final deseado. Olería muy mal.

La vida no vale nada

El silencio imperaba en aquel callejón oscuro. Paso rápido, acelerado. Quería evitar un encuentro desagradable. Llegar lo más pronto posible. Los hechos que ocurrían a diario ponían los pelos de punta. Te enfrentabas a la inseguridad frente a cualquier engendro de cualquier edad y en un pequeño descuido, quedabas para el puro recuerdo.

La culpa era de Isabel. La condenada me amarró en la tasca de Feliciano. Necesitaba hablar. Vivía enredada en un dramón que la tenía bien jodida. No se quitaba los lentes oscuros a pesar de la hora y estar metida en aquel lugar. Cubría su mirada, evitaba que se le notara el morado alrededor del ojo.

Cerveza tras cerveza, camarones al ajillo y una larga y extensa cotorra por parte de ella. No paraba de hablar. Por momentos me fastidiaba, ladillaba, mirando los alrededores. Buscaba a Feliciano, se encontraba detrás de la barra junto a la caja registradora, controlaba las cuentas. Lo hacía a ratos, los otros momentos se sentaba con algún conocido del lugar compartiendo una cerveza fría, todo no era trabajo.

Recuerdo haberlos conocido, un empeño de Aura en llevarme a una reunión a casa de Cristina y Germán. Allí se encontraban. En esa época no conocía a la amiga y ella, mi compañera de infortunios, no sabía del

fondo del problema. Me la describió como una tipa alegre, echadora de vainas, jodedora y gran contadora de chistes y, de paso, bien bonita. Lo que encontré no tenía nada que ver con la realidad.

Sobre el tal Francisco, tan solo al verlo, di cuenta de la ralea de aquel tipo. Había encontrado, durante el transcurso de mi existencia, tipos de esa calaña. La mala impresión embargó mi espíritu y sentí que tanto el Germán como la Cristina pensaban lo mismo. Como Aura es tan despistada y no le embarga la malicia, a lo mejor no se dio cuenta, capaz, la sanota.

Estuvo diciéndome que nos fuéramos de rumba, que dejáramos a las mujeres en sus casas, bajo llave, y nos metiéramos en la verdadera diversión. Le seguí la corriente para evitar algún conflicto, no quería buscar pelea en aquella casa, y la tal Isabel no tenía cara de seguir soportando algo que desconocía. Fría, callada, sus amigas intentaban llevarla a la cocina, nada. No la dejaba moverse del sofá, a su lado su dueño, amo y señor.

—Muy divertida tu amiga —susurré al oído de Aura.Se volteó exhibiendo una mirada de preocupación, tomando la mano de Isabel, arrastrándola a la habitación de Cristina. El Francisco quiso evitar que se levantara, no pudo, quedándose sentado expresando rabia, furia. No era su ambiente y, en el fondo, pensaría que nosotros éramos un par de idiotas.

—Ya vengo, voy a empolvarme la nariz.

Empolvarse la nariz en vez de decir que iban a mear, algo natural, biológico, la cerveza es un gran diurético. También tenía ganas de ir al baño, debía esperar para no dejar nuestros maletines a solas, se los podrían palear.

Mucha gente en el negocio, casi lleno, solo un par de mesas vacías: personas que salieron minutos antes. Mucho ruido. Las diversas conversaciones impregnaban el ambiente. Feliciano dejó la caja registradora para volver a su asiento con aquel grupo en una esquina cerca de la puerta de salida. Su vaso de cerveza lo esperaba.

—Me siento aliviada.

Otra vez la andanada de palabras. La historia era para una novela de Corín Tellado. Seguía escuchando y sorbiendo mi cerveza, no podía dejarla calentarse. Daba un vistazo por los alrededores. La gente sufría

deformaciones, se alargaba, ensanchaba. Me causaban risa los reflejos de mi mente.

—Ahora me toca —le dije a Isabel retirándome para ir al baño.

Una gran calistenia para poder acomodar en las interioridades de aquel baño. Feliciano arregló bien la parte de afuera, pero lo que era este sitio, infame. Estrecho, incómodo, uno debía ser de goma para lograr mear, y con las ganas que tenía, dolía por la larga aguantada, conseguí ubicar soltando el largo y extenso espíritu hacia el vacío, una sensación de ligereza embargaba mi alma.

Al salir me sorprendí, ella no se encontraba. Le pregunté a Feliciano:

—Se te fue el levante, la vino a buscar un tipo, aquí está tu maletín.

—Gracias, ¿cuánto te debo?

—Nada, ella canceló.

—Por lo menos eso.

Salí del negocio retornando en dirección a mi hogar.

Ya me encontraba cerca de la reja de entrada al edificio, llave en mano, presto para introducirla en dicha cerradura, volteé, miré a los alrededores, nada sospechoso. Entré siguiendo hacia la otra puerta, arribando a los ascensores, uno en la planta baja, ¡qué suerte!, oprimiendo el botón indicativo del piso correspondiente, esperando la llegada al hogar. Dejé las llaves sobre la mesita de entrada, llamando a Aura. Estaba en el cuarto arreglando unos papeles. Un beso de saludo.

—¿Cómo te fue?

—¿En el trabajo o con Isabel? ¿Por qué no fuiste?

—Era mejor que conversara a solas contigo, conoces a gente en el medio de los psicólogos y abogados que pudieras contactar ante su terrible problema. ¿Por cierto, cómo la orientaste?

—No pude hacer nada, me contó su drama, solo la escuché y, luego de regresar del baño, la cerveza es un tremendo diurético, desapareció, esfumó.

Fui a la cocina, tenía sed, bebí largos tragos de agua. Regresé a la sala, cruzando hacia el balcón, instalándome. Encendí un cigarrillo aspirando con parsimonia, disfrutando del paisaje. Aura me preguntó si iba a acostarme. Le dije que iría en un rato. Quería estar un poco a solas, disfrutar del silencio. Isabel no paró de hablar durante varias horas. Necesitaba escuchar los silencios de la noche.

—¿Vienes?

Incrustado en aquella silla de extensión olvidando la temporalidad, fui interrumpido por la presencia de Aura. Esbozaba aquella sonrisa que me destrozaba, desmadraba, me volvía idiota levantándome, caminando detrás de ella, acostando a su lado. Apagó la luz. No lograba conciliar el sueño, me venía a la mente la imagen de Isabel, golpeada.

—Te buscan.

Embebido en aquella numeración astronómica, cantidades abstractas, irreales, algo que jamás veré, me interrumpió Guillermo para decirme que había alguien esperándome cerca de una de las taquillas. Era Aura. Estaba nerviosa, temblaba, sus lentes oscuros tapaban el drama. Me sentí inquieto y no sabía por qué, la imagen de Isabel vino a la mente. En efecto, el problema era con ella. La encontraron muerta en las afueras de la ciudad.

—¿Cómo salir antes de la hora?

—Guillermo, tengo un problema, ¿podrías cubrirme?

—No te preocupes.

Nos ubicamos en una mesa apartada en El Padrino. Dos cafés nos hicieron compañía mientras la escuchaba. Estaba aterrado con lo que contaba: Isabel fue secuestrada de aquel bar en que nos encontrábamos. Aura me armó un peo pero ¿qué podía hacer?, necesitaba desahogar el alma. No podía dejar de mear por darle gusto. Fue su marido quien se la llevó. No lo habría podido impedir, ante la ley eran marido y mujer, yo, un simple extraño, hasta para la amiga de Aura.

Volví a la oficina. Maldecía. No quería volver a estar implicado en asuntos como esos, uno siempre termina mal. Verónica se acercó al notar mi inevitable expresión de preocupación. Le dije que no era nada, simples adversidades de la vida. Esperaba la llamada. La mujer de Germán se encontraría con Aura para continuar su búsqueda, ni que fueran detectives. Deberían dejar ese asunto a la policía o, mejor, que lo resuelva la pareja.

No me podía concentrar. Las preguntas iban y venían, principalmente acerca de la peligrosidad del sujeto. Lo había encontrado y me daba mala espina. Me preocupaba por ellos, ninguno de los tres tenía experiencia en tratar con aquella clase de sujetos. En mi caso no había problema: topé con ese tipo de personas en otras épocas, todos reaccionaban igual, la diferencia era mínima.

Como era la hora de salida fui hacia la tasca Grandes Ligas. Quedé en verme con ellos en dicho lugar. Llegué temprano instalando en una mesa que exhibía una vista de la entrada, una cerveza bien fría y un cenicero, el cigarrillo era inevitable. Ya iba por la segunda cuando los vi arribar. Estaban hechos un desastre. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral: la noticia que se perfilaba no era nada buena.

El aire fresco, a pesar de la hora, mediodía, era agradable en aquel lugar. La gente se arremolinaba reflejando rostros de tristeza y alguno que otro llanto. Encendí un cigarrillo, acto que Aura me recriminó, preferí no hacerle caso, estaba vuelta leña. Feliciano se me acercó:

—¡Coño! ¿Esa no era la amiguita que estaba contigo la otra noche?

—Así es, la vida no vale nada.

No quería hablar... tampoco yo

Un atardecer en la universidad. Gabriela se empeñó en que fuera a su clase en la Escuela de Letras para hablar sobre Prevert. Luego de la charla, y casi retirándome, se acercó. Toda una mujer. Deseaba continuar con dicha conversación en otra parte. No perdía otra clase, aceptando. No era una chama, casi de mi edad, divorciada y con dos hijos. Al verla, observar sus ojos, labios y ese color canela de piel que aturdía, enloquecía, suavidad al hablar, derritió mi espíritu. Imposibilitaba cualquier posibilidad de negarme.

Bajando la rampa frené el paso con cierto disimulo, supuesto gesto de caballero para que pasara adelante y ver su trasero, fantástico. Me llevó al Grandes Ligas, mi primera entrada triunfal en ese lugar embargado en una sensación de poder, era el centro de atención.

—Lo de siempre —le dijo a uno de los mesoneros.

Continué detrás de ella, un perro faldero.

—¿Bebes cerveza? —me preguntó.

—No hay problema.

Sentados alrededor de una mesa que hacía esquina, aislados, apartados, pocas personas. Lamenté escucharle que pronto se llenaría. No tenía necesidad del gentío, me sentía bien en aquel lugar desolado con

su compañía. Estudiantes saliendo de sus clases presentándose en ese sitio para ingerir un par de birras. Iguales, semejantes, diferentes generaciones repitiendo lo mismo, en el fondo nada cambiaba, lo que separaba era el lenguaje, nuevos modismos, temas.

Deseaba detener el tiempo, fascinado. Optaba por mandar a la mierda el movimiento terráqueo, quedarnos ahí el uno junto al otro. Interrupción. Mauricio junto a sus compañeros de clase entraban, arrimando mesas, sillas enfrente de nosotros. No se dio cuenta de mi presencia. Uno de ellos la vio, Mauricio se dio cuenta, acercándose emocionado al descubrir dicha amistad con ella, hasta me martilló el degenerado.

—¿Tienes carro?

—No sé manejar.

—¿Te llevo?

—Está bien.

—Eres el primero que invito a tomar cerveza.

Dimos vueltas por la ciudad. No se dirigía hacia mi hogar. Subimos uno de esos cerros que rodean la capital, vía El Hatillo. "Conozco un lugar tranquilo", me dijo. Encendí un cigarrillo, más vale que no, tremendo peo me formó obligando a botarlo, me cohibí. La vista esa noche era fantástica, debía reconocerlo. Desde esa altura disfrutaba del brillar de las luces de la ciudad. Intenté ubicar el edificio el cual habitaba, imposible, no reconocía nada. Las estrellas descendieron sobre Caracas, instalándose, un árbol brillando hacia el universo, todo al revés, nosotros abajo y la visión arriba, paseando en el infinito.

Detenidos un buen rato disfrutando de aquella imagen, nocturnidad inspiradora. Extendí el brazo izquierdo sobre sus hombros arrastrándola contra mi cuerpo. Se dejaba. Recostó la cabeza sobre mi pecho y comenzó a hablar, una voz triste salía de entre sus labios, contaba partes de su vida, las más recientes, por lo que pude deducir. Besé su cabellera, olía bien, perfumada por ese champú que utilizaba.

Levanté su rostro saboreando sus labios, acto lento, pausado. Quise repetir la dosis, se apartó retornando a las interioridades del auto, encendió el motor, partimos. El regreso fue silencioso. No quería hablar, tampoco yo.

Un maldito suelto en las calles de la ciudad

No lo podía creer. Felipe me echó el chisme y no lo aceptaba, era demasiado para ser real. Bajé aquella calle buscando la avenida, agarrar una camionetica y llegar al Gran Café, por lo menos cerca, lo demás lo haría caminando. Tuve suerte, la primera que apareció consiguiendo puesto. Pagué y me instalé a esperar el arribo. Cuadra y media antes del lugar dejé el vehículo siguiendo a pie. Faltaba poco para llegar, el esperado encuentro. No lo sabía, sería una sorpresa con final feliz. Estaba ansioso, nervioso, angustiado, me faltaba el aire al estar a pocos metros de aquel cafetín. El peso del universo me aplastó. No era lo esperado, guerra avisada no mata soldado. Eso fue lo que sucedió. Se quedó muda al verme, igual yo. No era la presencia del encanto, menos, la alegría. Gritaba desaforadamente contra mi persona. La gente que se encontraba en los alrededores volteó para ver qué acontecía. Estaba paralizado. La culpabilidad me embargó aun sin ser causante de nada desagradable. No conseguía reaccionar. Algunas personas se me acercaron en actitud amenazante. No comprendía y menos al llegar la policía, esposarme montándome en una jaula a punta de improperios. No reaccionaba, solo era un maldito suelto en las calles de la ciudad.

El ruido lo asesinó

Ni siquiera tomar un buen café matutino se puede. La bulla es infernal. Cristóbal siente enloquecer ante tanto ruido. Sueña con un cuarto aislante rodeado de sus libros favoritos, olvidando así el mundanal bullicio de la cotidianidad. No sabe dónde meterse. La escapatoria no existe. Cree que sus oídos van a estallar brotando lagos de sangre, ahogando su propia vivienda. Salir a la calle no es ninguna salida. Quedarse, tampoco. Unos vecinos, los de arriba, ponen música a todo volumen, gritan, patalean, no dan respiro al silencio, enloqueciéndolo. Los de al lado le dan al martillo golpeando la pared que los comunica. Se asoma a la ventana suplicando por el fin del ruido. Nada que hacer, no les importa. Peor, una alarma de automóvil suena sin parar, el dueño no desciende para apagarlo. Tiene miedo de que sea un atraco y lo vayan a joder. Se le revientan los tímpanos cayendo al piso, ahogándose en su propia sangre. El ruido lo asesinó.

La piedra se quedó en el camino

Pateaba aquella piedra, driblaba, confundida con un balón de fútbol, golpetear suave, débil, nada de tiro libre, menos un penalti, ¡qué va!, podría abollar a alguien, un transeúnte que no tenía nada que ver con mis ínfulas a lo Platini, no, solo el toque suave, pequeño, casi imperceptible, escuchando el aplauso en un estadio lleno hasta el tope, era la estrella, el nuevo Maradona enloqueciendo a los hinchas, los arranques sobre el arco contrario al mejor estilo de Batistuta, vaya, los aplausos retumbaban, la victoria cerca, ataque al ritmo de Cantona, detener, frenar...

La piedra se quedó en el camino.

Eres un idiota

Un salón amplio, grande, espacioso. Lo que me extrañaba era su ubicación. No se encontraba situado en la planta baja, se hallaba en el *pent-house*. Para los vecinos ubicados bajo el lugar, cada vez que se montara un bonche, sería una molestia, un infierno, a menos que fueran ellos quienes lo organizaran. Nos encontrábamos allí para festejar cualquier cosa. Para Ricardo las razones poco importaban, solo el acto de la joda. Sentado en un lateral del sitio, me dediqué a observar al resto de los invitados, a casi ninguno de los presentes conocía, era un extraño.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Ricardo a Xiomara.

—No.

—Eres una persona frustrada.

—¿Y en qué te basas para decirme eso?

—En que te conozco.

—Pero solo nos hemos visto dos veces.

—Eso me basta.

—¡Ricardo! —llamaba Marlene.

—¿Sí?

—¿No crees que exageras?

—No, soy un genio.

—Has bebido bastante.

—¿Me estás llamando borracho?

—Digo que estás pasado de tragos.

—¡Maldita!

Entre gritos cruzados, Ricardo cogía el vaso, vaciándolo de un golpe, luego retornó al salón.

—¡Epa! Casi caes sobre nosotros —exclamó Rafael.

—¡Anda a comer mierda!

—¿A qué se debe la insultada?

—Me da la gana y ¡párate, coño!, ¡voy a darte un par de coñazos!

Marlene se acercó.

—Rafael y Ricardo, ¡quédense quietos!

—¡Déjenme! ¡Voy a joder a ese güevón!

—¡Cálmate, Ricardo!

—¡Le voy a recordar el día en que nació!

—¡Atrévete!

—Rafael, ¡cállate! —le gritó Agustín.

—¡Me está insultando!

—Está borracho.

—En esos momentos es que dicen lo que sienten —comentó Sofía.

—¿Vas a creer en eso? Ya él es bastante grande para que termine sus días peleando en las fiestas —respondió Agustín.

Yo miraba, veía, ni hablaba ante lo acontecido, era preferible, evitando así inmiscuirme en dicha trifulca.

—¡Fue él quien empezó!

—Vete a la terraza. El aire fresco te calmará.

—Está bien.

—¿Adónde vas, cobarde? —le gritó Ricardo.

—¡Basta! —le soltó Marlene.

Xiomara se instaló a mi lado notando la tranquilidad que expresaba. Llegó a comentarlo aferrándose al brazo. Su cuerpo temblaba, atemorizada ante lo acaecido. La música ya no sonaba.

—¿Cómo que basta? ¿No me vas a decir que te gusta ese pelele?

—¡No!

—¡Yo lo mato!

—¡Quédate quieto!

—¡Yo lo mato! —zafándose de quienes lo tenían agarrado, se abalanzó hacia la terraza para intentar alcanzar a Rafael.

—¿No ves que eres un idiota? —le gritó Marlene.

—¡Yo lo mato! —chillaba Ricardo.

—¡Párate! —exclamó Rafael.

—Yo lo mato, yo lo mato, yo lo mato...

El cortejo fúnebre marcaba el movimiento lentamente, en dirección a la fosa correspondiente, dos pasos hacia adelante, uno atrás, recorriendo los estrechos caminos entre las diversas tumbas en el Cementerio General del Sur.

En silencio marchaba. Solo se escuchaba, a lo lejos, la voz de Marlene:

—Eres un idiota, eres un idiota, eres un idiota...

Una noticia más

Salía, aquella noche de viernes, del restaurante chino en Los Chaguaramos. Contento. Su primer salario en el bolsillo. El aprendiz de cocinero pensaba en sus sueños, planes, cambios de vida. La finalidad, traer a su familia de Bailadores. El trabajo de campo no le daba casi nada. La búsqueda de lo novedoso. La aventura. Intentar mejorar su vida y la de los suyos. En eso cavilaba al arribar a la esquina. La intención, cruzarla para obtener un puesto en una de las camioneticas que se dirigían hacia San Agustín del Sur, lugar en el cual consiguió un cuarto a precio razonable. No llegó. No arribó a su meta. Una patrulla lo esperaba. Le prepararon una celada. Golpes. Improperios. Gritos. Ismael era arrastrado hacia las interioridades del vehículo sin dejar de patearlo, incrustando las cachas de sus armas de reglamento entre los omoplatos, perdiendo el oxígeno, inutilizándolo. Trataba de recuperarse en medio del desconcierto. Lo ruletearon por la ciudad. Uno de ellos introdujo la mano en su pantalón, extrayéndole el salario. El puro dinero cambiando de propietario. Quería levantar la cabeza. Fue inútil. Sentía el peso de las botas del agresor sobre su cuello. Sin detenerse, aumentando la velocidad, abrieron la puerta. Trató de luchar. Era el golpear del viento contra su rostro, cuerpo, rodando por el pavimento,

rebotando contra el borde de un montículo lateral de la autopista en dirección este, frente al Centro Ciudad Comercial Tamanaco. Ismael Bellorín, campesino venido a la ciudad a probar suerte.

Esperando el ascensor

Estaban a tiempo. Era un truco. Amelia se empeñaba en arreglarse de manera exhaustiva. Tardaba más de la cuenta. Seguía el juego. "¡Apúrate!", le gritaba. "¡Ya voy, ya voy!", respondía. Se sentó sobre el sofá. Encendió un cigarrillo. Movió los hombros en un gesto de indiferencia. Esperaba el tiempo que fuera necesario, el que ella deseara. Recordaba la época en la cual eran novios. Las horas transcurridas esperando en la sala de la casa de sus padres, en un cafetín, en la entrada de un cine, un parque o bar. La primera cita en el Castellino no la esperó. Ignoraba su manía por retrasarse. Apareció media hora después. No lo encontraba. Tuvieron una gran discusión, discusión que los acompañó largo tiempo.

La costumbre estaba presente.

El cálculo fue decirle que debían encontrarse en la fiesta a las siete de la noche. Reunión que se iniciaba a las ocho. Lo tenía previsto. No arribarían los primeros pero tampoco hora y media después. Lo único que le preocupaba, aquella vez, es que fuera rápida. La cagada. Sería un peo. Siempre hay una primera vez. Pondría la cómica. Imaginaba conducir durante una hora de un lado a otro, deteniendo para comprar cigarrillos, optando por vías alternas para alargar la llegada.

Salió.

Sonrió al ver la hora. Perfecto. Faltaba poco para el inicio de dicha reunión. Deambulaba. Estaba bella, hermosa. Por instantes se le ocurrió no ir a dicha cita. Ella insistió. Deseaba lucirse y tenía qué mostrar. Cruzaron el largo pasillo, luego de salir del apartamento, en dirección a los ascensores. Tocó el botón de llamada. Esperaron. Fue un momento en el cual no intercambiaron palabras. Esos elevadores se caracterizaban por su lentitud. En eso se abrió el de la derecha. Amelia, quien se encontraba tan cerca, dobló el cuerpo rápidamente, entrando en las interioridades de un espacio, espacio oscuro. Solo se escuchaba su grito.

Luego... el sonido de su cuerpo estrellándose sobre la finitud.

Manuel Ortega dormía en el cementerio

Un sujeto paralítico era Manuel Ortega. Dormía en el cementerio. Tenía setenta y ocho años. Se estableció en aquel lugar esperando el bienestar milagroso de la cura. Su incapacidad física fue producto de una colisión contra un vehículo, hace un par de años. Salió de aquel lugar, casa. Se suponía que era su espacio habitable, pero sentía el escozor del rechazo, la vida imposible. Su hijo y nuera cercenándole la aspiración de hallar cierta pausa en su largo existir. Nunca, en forma directa, sintió el fastidio hacia él. Solo era ese oír, cada noche, a través de aquellas paredes delgadas, la constante cachetada de su inservibilidad.

Una discusión iniciada en tono bajo, a lo largo de los meses transcurridos, no les importaba si escuchaba o no. El dolor le embargaba, ese dolor más fuerte que el de la propia confrontación contra el vehículo, vehículo apareciendo a altas velocidades en plena curva, creándole una nueva manera en percibir el coñazo de la adversidad. Ocurrió a las tres de la madrugada. Sobre una colchoneta, Manuel Ortega dormía, dormía plácidamente. Era el sueño de la esperanza. Ese sueño de una ilusión, la ilusión basada en la creencia religiosa. La fe de una persona que perdió la historia, una historia cotidiana ajena a él. Deseaba,

fervorosamente, reincorporar su existencia al mundo de los caminantes. No ser más la carga de su hijo y nuera. Tenía las piernas paralizadas, detenidas. Negadoras de cualquier movimiento, producto de la confrontación física contra el carro de la irresponsabilidad. Carro aparecido a altas velocidades, emergiendo desde la nada, embistiendo el lento movimiento del cuerpo.

Bajo el manto de la oscuridad, en muletas, salió del hogar de su hijo. Ahora reposaba en el Cementerio General del Sur, sobre esa colchoneta, colchoneta delgada, sucia, colchoneta que perdió el soporte de la corporeidad. La había obtenido en el mismo lugar, abandonada, tirada cerca del lugar. A duras penas, arrastrándose, las muletas perdidas en alguna parte, sudando copiosamente, magullando el cuerpo contra las pequeñas piedras del camino hasta detenerse en ese sitio, el indicado, tendiéndose sobre ella. Manuel Ortega dormía sobre la tumba de José Gregorio Hernández. Los centros asistenciales no estaban interesados en él. La familia, tampoco, por igual razón. Era un viejo que sobraba en esta vida. Una molestia. Un gasto de dinero inútil. Escuchando las fuertes discusiones familiares acerca de su suerte futura, la sobra, acabó acostado sobre una tumba en la que, supuestamente, yacía el Siervo de Dios.

Los restos del benefactor se encontraban lejos de allí. En 1975 sacaron lo que quedaba, trasladándolo a la iglesia de la Candelaria. No lo sabía. Desconocía el hecho. Ignoraba que José Gregorio Hernández no reposaba en aquel lugar. Paralítico, anciano, rechazado, ese sí dormía en aquel espacio sobre una colchoneta que tuvo la desgracia de tocar, por la cercanía, la llama de una vela, enviándolo a un estado de agonía. Pavor al dolor. El fuego acariciando aquella piel desvencijada. Piel de individuo temporal deseoso de vivir, existir. Grito de terror. Pedía ayuda. Nadie lo escuchó. No quería fallecer. Esperaba un milagro que no llegaba, dirigiendo su mortalidad al descanso de siempre, descanso infinito.

La mejilla derecha dolía mucho

La seguía, decidiendo alcanzarla, tomar su brazo, invitarla a un café, conversar acerca de cualquier cosa, hasta de aquella fiesta en la que nos conocimos, del loco Miguel, o sus actividades, lo que fuera, toda esa intención para volver a observar aquella sonrisa, la mirada apaciguante ante dicho espíritu naufragando en los remolinos del tiempo. En fin, transcurrir esto con tal de obtener su agradable compañía. La capturé por el brazo. No lo esperaba, no pasaba por la mente, solo el impacto de una cartera contra mi rostro rompiendo el hechizo, sueño, imaginación. Un error: no era ella, solo su espalda, cabello corto, únicamente la superficie trasera. Era otra, diferente, facciones feas, horrendas. Solo la abstracción de una mañana somnolienta, el dolor en el rostro, el cuerpo rebotando contra un poste de luz. Adolorido, intenté la excusa.

Gritaba, gritaba, gritaba...

Solo imaginaba fallecer en un sueño profundo

Era el tiempo, el momento, el instante de extender el cuerpo sobre aquel camastrón. La necesidad del reposo dominaba sobre cualquier situación, así parecía. Cansado, agotado, pedía clemencia al movimiento. La inercia significaba el acto fundamental. Aplaudía el silencio. Nadie apareciendo con la ocurrencia de pedir algo, no le haría caso. No deseaba ser el gestor resoluto de algún problema específico, no, solo estar en sentido rígido. La mirada fija en dirección al techo sin importar los rasgos de la peculiaridad. Ver sin ver. Mirar sin mirar. Observar sin observar. Lo no logrado era el aquietar el ritmo del pensar. El cerebro parecía indetenible, incansable. Deseaba estar en blanco. Un cadáver durante un buen rato. No importaba lo que podía acontecer en los alrededores. Ni siquiera el sonido de algunos disparos lo arrastraba hacia la posibilidad de romper con dicha modorra. Giraba de un lado a otro. Costaba, dificultaba la recuperación de las fuerzas. Fue excesivo el trajinar durante aquellos días. El freno desapareció, llevando a cabo las diversas actividades de la agitación, por eso, en estos instantes, sobresalía un dolor corporal impidiendo el acceso hacia el natural reposo. El combate ante lo cotidiano arrastrando el espíritu hacia las vías del exceso. La destrucción de cualquier instancia por desarrollar

las placenteras vivencias de la naturaleza, imposibilitado de respirar en forma acompasada. La resignación parecía imponerse a pesar de un combate continuo, doblegando los dos instantes del existir. Aquietar las temporalidades del reconocimiento. Tan solo deseaba penetrar los mundos de la irrealidad. Volví a la posición anterior, moviendo el cuello de un lado a otro. La tensión. Impresionantes nudos musculares sobre los hombros. La presión endureciendo la unión con la cabeza, los brazos, hasta las piernas. El irreconciliable sueño obligando a buscar alguna modalidad que ayudara a hallar el aflojamiento. Imposible. Como si algo más poderoso frenara cualquier intención de admitir el agotamiento. La ducha, a condición de estar presente el agua, era un buen remedio. Probando los grifos. Asegurando la actuación de dicho líquido transparente. Enchufar el calentador. Esperar el tiempo para penetrar en las interioridades de aquella caída acuática. Dejar acariciar sobre los hombros, cuello, el bálsamo del calor, suavizándolos. Tempestad existente en el diario continuar del absurdo. Cerrar los ojos. Ese dejar hacer. La movilidad en la inmovilidad. Ese estado ideal del abandono ante la presencia de lo cotidiano. Borrar del recuerdo cualquier encontronazo con lo adverso. Solo el agua apaciguando el espíritu. Amando cada rastro de piel sin dejar de escapar cualquier ínfima partícula de la propia esencia. Encontrando la colaboración del jabón para rasgar el vestigio del infierno. El paso del terrible averno hacia la suavidad del cielo, de la muerte, rumbo a la vida y el silencio como testigo. Restituyendo aquel cabello caído. Deslastrando el influjo de la contaminante atmósfera con el champú revitalizador, abriendo los capilares hacia el oxígeno de la limpieza. Frustrando, con fuerza inusitada, la reproducción de los residuos producto de la tormenta. Esbozando la alegría, esa alegría extendiéndose hacia los espacios del desajuste de un orden impuesto. Con el paño agitando cada parte, hurgando los vestigios de humedad. Sacando el líquido restante para exprimir la sequía de la frescura, ante la realidad, realidad continua, sobre un cuerpo actuando encima de los sentidos del eviterno. Sintiendo los alborozos de lo diario. Abanicando la cabellera revuelta hacia otros espacios, espacios más amplios en relación con la anterior sensación de opresión. El paseo del peine reacomodando el orden. Dejándose remover bajo el ritmo de la disciplina ante la forma. La salida del baño. Apartarme del vapor producido por el agua caliente para encaminar hacia la cocina.

Desenchufando el calentador. Abriendo la nevera. Obteniendo cubos de hielo introduciéndolos en las interioridades de un vaso. Cerrar el refrigerador buscando la botella de whisky. Plenar con una buena cantidad de dicho trago acompañándolo con agua fría. Reabrir el enfriador de la cotidianidad con la intención de guardar el botellón para, luego, marchar, vaso en mano, hacia el lecho. Sorber la suavidad buscando el aflojamiento de las profundidades corpóreas, aliviando las presiones de lo diario. Cerrando los ojos, suavizando el movimiento, flotando sobre nubes de entendimiento. Partiendo hacia otros mundos, mundos de lo deseado, lo irreal.

Tacagua

En una mañana lluviosa, corriendo por Catia con la intención de no naufragar bajo las fuertes corrientes de agua descendiendo desde las montañas, buscando obtener un bus, un transporte público que me dirigiera hacia la carretera, vía El Junquito, específicamente, el kilómetro tres, el inicio hacia Tacagua.

Con la cámara fotográfica al hombro, el grabador unido a la muñeca izquierda por una correa, emprendí el recorrido hacia las profundidades del desastre. Américo me entregó dicha pauta. No era mi idea deambular por la ciudad bajo ese manto de agua cayendo inclemente. La montaña decidió bajar sobre los habitantes instalados en el lugar. Empapado. Los zapatos vueltos mierda. Sentado, al lado de una ventana, en una silla cercana al chofer, esperaba que este me indicara el sitio en el cual debía descender. Costó conseguir la ruta luego de que me dejara en pleno kilómetro tres.

Descubrí la nada, monte, ninguna indicación acerca del sitio de arribo. No existía el rastro de alguna poblada, solo una vía cimentada internándose en los confines de la naturaleza. Era la única alternativa para optar hacia una posibilidad de hallar el origen de la hecatombe: emprender la vía con cierta desconfianza ante el temor de topar con

sujetos poco recomendables. Estaba solo, perdido en ese lugar desconocido, abandonado a la buena de Dios. Nunca imaginé lo que iba a encontrar al final de dicha ruta.

Una población inmersa en aquella espesura, alejada de todo. Edificaciones sólidas de un lado, barracas del otro. Esos últimos fueron los afectados por los embates de la naturaleza. Gente corriendo intentando salvar alguna vida. Un galpón utilizado para resguardar a los sobrevivientes. En la parte superior, afuera, un letrero metálico, pesado, indicando su procedencia, Ipostel, a punto de caer, caer sobre la cabeza de una niña parada bajo dicho objeto. Un pánico invadió todo el cuerpo, la idea de observar el espaturramiento de su cabeza sería terrible. Me acerqué para expresarle la razón de alejarse, que se apartara del lugar, era peligroso, su cerebro finalizaría en los desagües de lo cotidiano.

Tomé muchas fotos, demasiadas. No paraba de girar por los alrededores. Intenté descender a la parte fangosa. La vía cimentada terminaba como calle principal. Un policía se empeñó en impedir la continuación del reportaje: "¿Tiene autorización de la Gobernación?"; jamás se me ocurrió ver a un periodista presentando dicha carta, era el colmo, estaba trabajando, cubriendo un desastre, una agonía. Era tiempo para el retorno, regreso.

La necesidad de arribar al periódico, entregar los resultados de la pauta impuesta temprano en la mañana, significaba el último acto laboral de la jornada. La interrogante era cómo iba a salir de allí. Invadía cierto pánico la sola idea de quedar estacionado en ese espacio geográfico determinado, espeluznaba. Por suerte alguien indicó que tomara un jeep que se encontraba estacionado cerca de la salida. Era otro medio de transporte. La diferencia estribaba en que no me dejaría en Catia, su ruta era hasta El Silencio. Respiré aliviado acercándome al aparato. Luego de hablar con el chofer me instalé en la parte de atrás a esperar que se llenara. Despedía el lugar. Partía hacia espacios diferentes, diversos pero no tan contrastados con ese hecho.

Un ruido casi imperceptible

Un ruido casi imperceptible, cercano al silencio, rondando por la habitación contigua al dormitorio. Un cuerpo arrastrándose lentamente, buscando, de una manera u otra, evitar dar la sensación de existencia, a quien dormitaba del otro lado de la pared. No quería expresar su estadía. Cuidarse ante cualquier encontronazo contra algún mueble atravesado. Un pie adelante luego de pararse. Se detenía. Acercaba la segunda pierna hasta ubicarla al lado de la primera. Paciencia. La mejor manera de llevar a cabo lo deseado para la sorpresa. La experiencia de la razón. Volvía a moverse. Coger un poco de oxígeno. Le apretaba el pecho. La adrenalina funcionando a toda su potencia. Se asomó a la ventana. Solo un poco de luz entraba en el cuarto, interrumpiendo el negro de la noche. La luminosidad de un letrero de neón, roto, quebrado en un lateral, probablemente por causa de una piedra, en el negocio de enfrente. Un aviso que una vez debió decir algo en un francés mal escrito. Quien lo rompió le hizo un gran favor a la gramática francesa, escrito *Petttite*. ¿De dónde habrá sacado la tercera "t"?

Otra vez el retorno del silencio.

Quien soñaba abrió los ojos intempestivamente. Una descarga eléctrica. Percibía la presencia de alguien merodeando por el lugar.

No lo sabía a ciencia cierta. Lo intuía. Por un instante no reconoció el sitio, su cuarto. Solo la visión del techo como único objetivo. La boca abierta buscando el aire, ese aire alejado de sus pulmones. La angustia embargando su corporeidad. Sudoroso. El líquido transparente, salado, brotando a borbotones por los poros. El cabello completamente mojado. Unos mechones pegados contra la frente. Los apartó con su mano derecha. Se sentó en el borde de la cama, tratando de retomar la lucidez. Observaba los alrededores. Comenzaba a reconocer sus cosas, la mesita de noche, paredes, techo. Un orden en el desorden natural de su existencia. No conseguía apartar de su mente ese presentimiento de acompañamiento. Una compañía inesperada. No planificada. Ni siquiera acordada por accidente. Algo fuera de lo normal acontecía en las interioridades del apartamento.

Intentó levantarse. Imposible. Lo jalaban de un lado a otro con un metal fino, alambre bien delgado apretando el cuello. Abriendo los ojos. Sus globos oculares salían de sus cuencas. Con los dedos trató apartar la causa de su asfixia. Era difícil separar el hilo metálico de su garganta. Le cortaba la piel. La boca abierta. Quería gritar. La tráquea trancada frenaba el sonido. Ese sonido que desapareció de sus cuerdas vocales. Aspiraba a asimilar un poco de aire, ese aire disipándose hacia otros confines, vaciando los pulmones. Se movía de un lado a otro, luchando por liberarse. Doblando las piernas. El forcejeo dejó de existir. Las imágenes de la habitación se difuminaban, ennegreciendo la mirada. La oscuridad era su nuevo dominio. Ya no luchaba. Dejó de hacerlo hacía varios segundos. El abandono. El dejarse llevar por el sentimiento de la perdición. La derrota impuesta en una noche, noche alargada hacia la nada. Su historia detenida aquella madrugada.

Un cadáver en el río

Salí del departamento, bajando a la avenida, para conseguir un taxi, el medio más efectivo ante el retraso a la cita que tenía con Victoria. Despavorido. Me consideraba como un sujeto puntual pero, esta vez, no sabría lo que me sucedió. Me atrasé. El terror al ver la hora. Debía llegar a Las Mercedes. Faltaba poco para dicho encuentro. Mucha gente en la calle. Un ir y venir en direcciones contrarias.

Pasaban los libres llevando clientes. Ninguno desocupado. Por fin hallé uno. Logré detenerlo. Un vehículo destartalado pero, en esos momentos, no le di importancia alguna. Estaba apurado. Ni siquiera discutí el costo del traslado. Solo le supliqué que no optara por las vías congestionadas, sentía la necesidad por la carencia del tiempo. Afirmó. La realidad mostraba lo contrario a lo deseado. Colas por doquier. Trancas. Hasta se montó por una acera al arribar a una esquina, doblando, dirigiendo hacia la autopista. Tenía ganas de fumar. Preferí no hacerlo. A algunos les molestaba. Me aguanté. Claro, eso ponía los nervios de punta. Una constante, ver el reloj.

El camino comenzaba a acortarse. Cavilaba acerca de lo que le diría. Era bueno para preparar discursos pero, a la hora de las pequeñitas, mudez absoluta. ¿Cómo le entraría? Esta vez no debería ser

así. Qué va. Directo. Ir al grano. Saltar los preámbulos. Trataré de ser eficaz. Una eficacia carente en mi existencia pero, en esos momentos, debía ser necesaria. El chofer del vehículo comenzó a reír. La risa se incrementaba. Volvía altisonante. Lo veía con cierta preocupación. ¿Qué le sucederá? No me atrevía a preguntar. Temía ante la posible respuesta. Callar. Seguía riendo. No paraba con aquella risa estúpida, risa enervándome.

—Hay un cadáver en el río —dijo.

No me parecía chistoso. Mejor era seguirle la corriente no fuera a trastornarse, volverse violento. Era lo que me faltaba. Especificaba acerca de la existencia de un muerto flotando en el río Guaire. No me causaba gracia alguna pero preferí no responder, llevarle la contraria. Se detuvo.

—Sígame —gritó.

—¿Adónde va?

—Venga y no pregunte.

Lo seguí desde lejos no fuera a lanzarme al río. Insistía en que me acercara. Reía como un desaforado. Trataba de convencerlo de que se calmara. No era para tanto. Y si existiera un muerto, este no se daría cuenta de su situación. Una idea fija la de ese sujeto. Ya empezaba la hora de la cita que tenía. Lo maldije mentalmente. No lo podía creer. Lo hizo. Lo llevó a cabo. Logró demostrar la existencia de un cadáver en el río. Boca abierta, paralizado, estupefacto, no sabía qué hacer. Miré a los alrededores. Los vehículos cruzaban por la autopista a gran velocidad. Yo... parado, en el medio, frente al río, dudoso, tembloroso, varado frente a una circunstancia insospechada, deseaba gritar. Hasta la arrechera se elevó a su nivel más alto.

No me quedaba otra alternativa que esperar la presencia de una patrulla. Detenerla. Explicar lo acontecido y que fueran a rescatarlo. Claro, eso implicaba un adiós a la cita con Victoria. Por un instante pensé en bordear la vía hasta encontrar una salida acercándome a Las Mercedes. Llegar a pie abandonando la locura de esos instantes. No me podía alejar. Pensarían que lo asesiné. Todo era factible en estos tiempos. La incoherencia dominaba la cotidianidad, cuando el conductor de un taxi que lo lleva a uno a una dirección específica decide suicidarse arrojándose al río Guaire. Eso era lo sucedido y no hallaba cómo apartar dicha visión. El degenerado echó a perder mis planes. Se merecía su muerte, pero no aquella situación a la que me encontraba sometido.

Deshojando la margarita

a Benjamín Sánchez Mujica

—Cinthia, voy a dictar una carta.

—Voy.

Escudriñaba los diferentes espacios de su oficina. ¡Mierda! ¡Quien pintó esto es una mierda! No sabe pasar la brocha. Se evidenciaban grumos y trazos en un lateral. No lo contrataría para pintar mi apartamento. Levanté el dedo índice hacia el techo. Buscaba la palabra agraciada para iniciar el relato, el cuento idiota para un posible cliente. Giraba alrededor de ella. Retorné al asiento elevando la ceja derecha. Incliné la cabeza para hallar mejor enfoque, visualizar una escena mejor de sus muslos, encontrar su nacimiento. ¡Ah! ¡Cómo me gustaría tocarlos, acariciarlos!, dejarme arrastrar hacia el desastre poseído por la locura, naufragar en ese océano de piel, carne, ahondar en cada poro sorbiendo sus sudores, saliendo a la superficie, pausa, oxigenación del instante para retornar al submundo de las pasiones, inmerso en las delicias de la intemporalidad.

Me encontraba frenado: revolcarse con la secretaria es un peo, desastre. Intenté encontrar a Beatriz. Difícil. Complicado. Estaba

arrecha. La embarqué varias veces. El dictado iba a millón, inspirado por sus muslos hacía maromas con las palabras, incoherente, absurdo, no importaba. Tuve la impresión de haber notado una sonrisa reflejando en su rostro.

Seguí vomitando expresiones hasta que se me enredó la lengua, el sentido de dicha carta se perdió. Buscaba enfatizar en algo abstracto, una frase importante que jamás apareció. Puros lugares comunes. Balbuceaba imbecilidades, perdí la razón en aquel dictado. Ella sonrió. Me encantaban sus labios. Se levantó, volteó, salió contorneando sus nalgas, bailaban sin necesidad de acompañamiento musical, no hacía falta, una orquesta sensual. Papeles para la firma, inagotables. ¡Qué manera de joder, fastidiar la vida!

—La señora Gutiérrez por la una.

Locura total, Beatriz me llamó. Antes de agarrar el auricular esperé un par de segundos, amainar las emociones, intentaba estar calmado, disimulando con la vista puesta sobre la blusa semiabierta de Cinthia, le gustaba mostrar los inicios de sus senos, valían la pena, majestuosos. Me telefoneó para que nos encontráramos, extendía sus brazos ofreciendo una nueva oportunidad. Durante la conversación, entró un par de veces, inclinándose, mostrando un panorama mayor de aquellas sublimes tetas.

Pasé la mañana inmerso en ese mierdero de papeles pensando en la salida nocturna. Hambre. La una de la tarde. Decidí meterme una bala fría, era preferible un buen almuerzo, completo, pero no tenía con quién ir, los panas desaparecieron para meterse una papa, nadie me avisó, solo tenía como compañía a Cinthia. Como no deseaba comer solo le propuse que me acompañara. Asintió. Me dio miedo que corriera a un McDonald's, chatarra, basura, puro sintético. ¡Sorpresa! Prefirió ir al Grandes Ligas, no es ninguna maravilla, decente. Me extrañó la escogencia. Escuchó la conversación cuando trajo café y un par de cartas para la firma. Conocía de mis gustos, negro corto, cerrero, la única manera de tragar dicho brebaje. Rechazaba el marrón y el con leche, abominables.

Curioso, nos ubicamos alrededor de la misma mesa en la que estuve con Beatriz, apartados en una esquina, alejados de los demás. Inconveniencia. La presencia del mismo mesero que casi nunca se

asomaba: levantarme a hacerle señas para que nos prestara la atención debida. Dos whiskies y la carta, el mío con agua, Cinthia, con soda.

—¿Por qué escogiste este lugar?

—Para que te acostumbres.

Durante el almuerzo, alargado por la compañía de varios tragos, descubrí su pasión por las artes plásticas: tomaba cursos en la Cristóbal Rojas y no se perdía exposición alguna. Me fascinaba escucharla. Descubría una diversidad de mundos revoloteando en su cabeza. Pasiones desmedidas sobre los problemas de la creación pero, a la hora de subsistir, un trabajo como este significaba la urgente necesidad de la sobrevivencia, todo se puso caro, insoportable, y por eso se calaba aquel mundo que consideraba infame. Contrariamente, a ella no le parecía así: "En toda actividad hay un encanto creador", me dijo. No le pude responder, optando por el silencio.

El retorno fue con paso titubeante. Nos sosteníamos abrazados rehuyendo los huecos que se presentaban delante de nuestros pies. Hasta le comenté mi afinidad con la poesía, entendiendo así su pasión por las artes plásticas. Solo faltaba que nos vieran para acentuar el chismorreo. Nos sabía a mierda. A ella le importaba un pepino lo que dijeran, se sentía bien y eso bastaba. No existía nada extraño en aquella relación, la pura amistad.

Preparó café mientras entraba al baño para lavarme los dientes y refrescar el rostro. Recuperaba el aliento volviendo a mi silla, frente a aquella carpeta que no me quitaba la vista. Suspiré abriéndola. Busqué la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta e inicié la tarea de revisar y firmar esas abstracciones que no me iban ni venían. El cafecito preparado por Cinthia me cayó de maravilla, acentuando la labor emprendida. Como era viernes, opté por liquidar todo esto para no tenerlo al lunes siguiente como un gran fardo sobre los hombros.

Me puse la chaqueta, acomodé la corbata, recogiendo el maletín para salir despidiéndome de la secretaria, emprendiendo la vía del largo pasillo hacia los ascensores. Durante el trayecto me despedí de quienes me encontraba hasta detenerme frente a los elevadores. Llegó uno, ¡qué maravilla!, eso indicaría que la noche sería prometedora. Entré tocando el botón de la planta baja. Esperé, recostado contra la pared metálica de fondo, el descenso de dicho aparato.

Salí hacia el banco, una de las taquillas externas. Debía sacar efectivo, con el almuerzo quedé limpio. Sonó el timbre penetrando en aquella caseta de vidrio. Escribí sobre un cheque lo que necesitaba y junto con la cédula lo inserté en una especie de cajón que una linda mujer maniobraba para poder agarrar lo enviado. Miró la cantidad supervisándola en la computadora.

Observé a varios de los compañeros de trabajo instalados en una de las mesas de afuera de una pizzería, bebiendo cerveza. Al verme saludaron, lo retorné volteando, nuevamente, hacia la cajera. Devolvió la cédula y un pequeño fajo de billetes de diez mil bolívares, cada vez se devaluaba más la moneda. Iba a salir después del timbre cuando di cuenta de que no podía abrir la puerta. Lo volví a intentar, nada. Respiré profundamente esperando el timbre, y nada. ¡Coño, quedé encerrado! Los nervios me embargaban mientras escuchaba a la cajera al otro lado de la taquilla diciendo que me calmara. La calma a la mierda. Ella seguía dando al zumbido pero la puerta de ancho vidrio se resistía. No tenía intención de ser sometido.

Los desgraciados se dieron cuenta, fue José Manuel quien notó lo que me acontecía informando a los demás con una gran carcajada. Maldije. El gerente del banco maniobraba unos cables buscando una manera de liberarme, imposible, la puerta se resistía. Preguntó por el vigilante, había desaparecido. Creí entender que salió en búsqueda de no sé qué cosa.

Estaba condenado al encierro. Los otros cajeros que finalizaban sus cuentas se largaban deseándome suerte. La desesperación embargó mi espíritu, condenado a quedar encerrado de por vida y, para colmo de males, al ver la hora, di cuenta que se acercaba la temporalidad de dicho encuentro. Embarcaría a Beatriz, nuevamente. Con sus vasos llenos de cerveza giraban enfrente, muertos de la risa. Cinthia apareció alarmándose con aquella escena. Le grité que fuera al Grandes Ligas para que le dijera a Beatriz que me esperara: "¡Cuéntale lo que me sucede!". Afirmó emprendiendo la vía al lugar indicado. Una pequeña esperanza de que entendiera pero, de un instante al otro, sentí una gran preocupación: al ver a Cinthia pensará que es un teatro, seguro volveré a salir jodido. ¡Qué mala leche tenía!

Esperaba que la encontrara, lo contrario significaba la catástrofe. Giraba como un trompo viendo cómo los demás se despedían,

arrancaban del lugar. Se incrementaba esa sensación de desesperación pensando en romper aquella mierda de vidrio, difícil, grueso y elaborado contra cualquier tipo de ruptura, primero me fracturaba un hueso antes de exhibir algún rastro de resquebrajamiento. Quería llorar, mejor me aguantaba, evitar la muestra de un acto cómico, solo esperar que alguien apareciera con alguna llave para abrir, lo otro, caótico, pasar la noche en ese cajón de metal y vidrio.

Tenía los nervios de punta. El gerente y dos cajeros intentaban abrir de cualquier manera, imposible. Estaba harto, sentándome en el suelo con el maletín a mi lado. Trataban de darme ánimos, no lo conseguían, perdía mi cita con Beatriz. Los compinches volvieron a su mesa para continuar ingiriendo cervezas, algunas miradas divertidas lanzaban hacia mi persona. No les respondía. ¿Para qué? Ellos gozando una bola y yo... jodido.

En eso apareció Cinthia dando la noticia nefasta. Beatriz se enfureció de tal forma que pagó la cuenta y se largó dejándome dicho que me mandaba a la mismísima mierda. ¿Qué crimen habré cometido contra la humanidad para pagar esta desgracia? Perdía las imágenes en una neblina de tristeza. Comencé a llorar mi infortunio, estaba condenado a un estado de prisión en aquella taquilla externa de una agencia bancaria, deshojando la margarita.

Tan cerca de las estrellas

a Beatriz Lepage

—Tengo ganas de hacer algo.

—¿Qué?

—Bajar a Macuto a comer un buen pescado.

—Vamos.

Tan cerca de las estrellas. Una luna brillante. Un exquisito mero, vino blanco y el rostro de Beatriz significaban lo ideal. Era ese franquear otras puertas, otros caminos abiertos inesperadamente. Casi no hablamos. Nos dirigimos hacia la playa. Playa tan solitaria y acompañada, sin personas correteando de un lugar a otro sobre la arena. Una constelación universal sobre nuestras cabezas. Tomados de las manos movimos nuestros cuerpos. A lo lejos divisé a un pescador, lo señalé, ella rio, rio intensamente, hice lo mismo. Un ruido hizo sobresaltarme. Abrí los ojos mirando a mi alrededor con angustia. Estaba en la habitación, solo, Beatriz no existía, no era real. Solo fue un sueño, un simple sueño. Quería retomarlo. Era imposible. Un vecino, un desgraciado con la música a todo volumen lo echó a perder resignándome a un simple sueño tan cerca de las estrellas.

Índice

Recuerdos de existencia en tumba transitoria 7

El juego de los recuerdos 9

Proposición matrimonial 19

El encuentro 20

No quería beber café 27

Aquella silla desvencijada 28

Nueve pisos en picada 38

Una noche tranquila 39

El infarto 42

No tenía la intención de discutir 43

Sueño, sueño, sueño... 46

La estela de una ilusión 50

Se fue en uno de esos maravillosos sueños 56

¿Qué te pasa? 62

Encuentro en el Gran Café 65

¿Debía o no abrirla? 68

Una bajada a la playa 70

Una deuda de juego 74

Desmadrado 75

La vida no vale nada 76

No quería hablar... tampoco yo 81

Un maldito suelto en las calles de la ciudad 83

El ruido lo asesinó 84

La piedra se quedó en el camino 85

Eres un idiota 86

Una noticia más 89

Esperando el ascensor 91

Manuel Ortega dormía en el cementerio 93

La mejilla derecha dolía mucho 95

Solo imaginaba fallecer en un sueño profundo 96

Tacagua 99

Un ruido casi imperceptible 101

Un cadáver en el río 103

Deshojando la margarita 105

Tan cerca de las estrellas 110

Edición digital
Noviembre de 2017
Caracas - Venezuela

Deshojando la margarita

Los relatos que componen *Deshojando la margarita* son una invitación a penetrar en un mundo regido por el absurdo cotidiano, haciéndose presentes el humor, el azar, la ironía y la violencia. Son relatos netamente urbanos, concebidos y escritos en una Caracas reconocible por todos, impregnados de la atmósfera caótica y abigarrada de una ciudad que podría ser cualquiera de las grandes urbes latinoamericanas.

Yves Boissonnas (Caracas, 1948).
Ha publicado artículos, cuentos y poemas en el suplemento cultural del diario *Últimas Noticias*, en el papel literario del diario *El Nacional*, en los diarios y periódicos *El Universal*, *Vea*, *El Nuevo Venezolano*, Viernes, *Punto Negro*, *La 15na*, entre otros. Ha publicado los poemarios *Aracelario* (1976), *Palabras al tiempo* (1978), *Confesión de escrito* (2007).

9 789801 439585

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR